



# Rafael Bolívar Coronado

MEMORIAS DE UN SEMIBÁRBARO /  
ALMA LLANERA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

# ALMA LLANERA

ZARZUELA EN UN CUADRO

ORIGINAL DE

RAFAEL BOLIVAR CORONADO

MUSICA DEL MAESTRO

PEDRO ELIAS GUTIERREZ

200

Estrenada con éxito en los Teatros de Caracas, Valencia, Puerto Cabello y Barquisimeto

**Rafael Bolívar Coronado** Poeta, articulista, investigador y periodista. Colaborador de *El Cojo Ilustrado: El Universal; El Nuevo Diario: El Tiempo* y la revista *Atenas* entre otras publicaciones. En el año de 1914 se estrena la zarzuela *Alma Llanera* la cual es considerada nuestro segundo himno nacional. Ya radicado en España colabora con la editorial América, es secretario del poeta Francisco Villaespesa, escribe para la revista *Cervantes* y el diario *El Diluvio*. Su obra es extensa y al mismo tiempo imprecisa debido a los pliegues de la seudonimia con las cuales siempre se identificó. A mediados del siglo pasado su figura comienza a despertar el interés de la crítica.

« Cartel del estreno de *Alma Llanera* en Caracas, Valencia, Puerto Cabello y Barquisimeto.



**52**

**Memorias de un semibárbaro / Alma llanera**

RAFAEL BOLÍVAR CORONADO



## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

---

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**



COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

---

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz Almeida**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Freddy Nández Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla**





# Memorias de un semibárbaro / Alma llanera

RAFAEL BOLÍVAR CORONADO





# Índice

## MEMORIAS DE UN SEMIBÁRBARO

|     |       |
|-----|-------|
| 13  | I     |
| 17  | II    |
| 23  | III   |
| 29  | IV    |
| 33  | V     |
| 37  | VI    |
| 43  | VII   |
| 47  | VIII  |
| 53  | IX    |
| 59  | X     |
| 63  | XI    |
| 65  | XII   |
| 67  | XIII  |
| 73  | XIV   |
| 77  | XV    |
| 83  | XVI   |
| 93  | XVII  |
| 105 | XVIII |
| 107 | XIX   |

ALMA LLANERA



## **Memorias de un semibárbaro**



|

La abuelita nos enseñaba el alfabeto y el *bendito*. Las noches de lluvia, esas deliciosas noches de lluvia en la tierra tropical, en que el encaje blanco de la luna aparece como regado de piedras preciosas, y las selvas, los ríos, las hondonadas se aborujan en una sábana de niebla... en esas noches, pues, la abuelita nos contaba lindos cuentos que parecían sustraídos al libro de *Las mil y una noches*, cuentos que generalmente principiaban por estas o parecidas palabras: “Érase un Príncipe llamado Rosaflo...” o bien: “La Princesa Casta, era muy hermosa; tenía los cabellos rubios, los ojos azules y las manos muy blancas...”. De ahí continuaba la narración por entre un laberinto de hadas, chapines de raso, diablejos rojos, caracoles rosados que se convertían súbitamente en fulgurantes mariposas de oro.

Muchas veces, antes de terminar aquellas leyendas, nos quedábamos profundamente dormidos. Entonces la abuelita nos daba de coscorrónes haciéndonos despertar sobresaltados. En seguida nos obligaba a ir a camita, asidos a sus faldas de zaraza morada.

Aquello de que nos quedásemos dormidos mientras ella hablaba, la ponía indignadísima, no concebía que llevando ella la palabra hubiese alguien que se negase a prestarle atención. Y es lógico: ella fue señorita cortejada y leída en su tiempo; sus palabras eran blando rocío sobre muchos encendidos corazones...

y esa vanidad perduraba en sus años ya irremediables... la vanidad, esa que va en el alma de las mujeres hasta el fin de la existencia, como la viva y rosada brasa entre la suave agonía de la ceniza.

Comentando nuestra falta de respeto solía exclamar:

—Esta no es mi época... en mi tiempo, no era la gente tan mal criada.

Nosotros le respondíamos:

—Si es verdad, agüela.

Pero interiormente sonreíamos con las más precoces picardías.

Papá aseguraba que ella tenía setenta y nueve años; pero ella, en conversación con los vecinos solía decirles que sólo contaba sesenta y ocho. Todo lo hacía con una agilidad y una ligereza asaz anacrónica en sus ya lentos abriles. A veces se le salía... una de estas imprudencias de los gases del estómago. Entonces trataba de imitar el ruido frotando la suela del zapato con el pavimento; o bien decía que no era ella, sino que habíamos sido nosotros.

Era golosa; pero mamá no la dejaba engullir mucho, temiendo se indigestase... Una vez hurtó buena cantidad de mermelada que había en un cacharro del seibó... se supo que había sido ella y se le recriminó la mala acción. No se dio por vencida: hasta lo último estuvo asegurando que el gato era quien había vaciado el cacharro.

—Pero, madre, si los gatos no comen dulce -decíale papá.

—Algunos -respondía ella imperiosa y gravemente.

Y no hubo forma de hacerle confesar el delito.

La *agüela*, era ya una niña, con los cabellos blancos y con la piel tan rugosa, que, vamos, parecía le hubiesen tendido una telaraña sobre el rostro.

Nos amaba con delirio. Lloraba cuando por cometer alguna bellaquería nos zurraban. Se apostaba detrás de una puerta, y comenzaba a murmurar, a rezongar contra papá, mamá, los criados, diciendo que aquella casa era una cueva de bandidos, una madriguera de salteadores.

Para entonces contaba yo siete años; mi primita Leonor, nueve; mis hermanitas, cuatro y dos, respectivamente.



La cocinera tenía una hija, una chiquilla muy mona. Un poco más crecida que yo. Regordeta, morena, con espesa mata de cabellos negros, los ojos redondos y vivos, y los nacientes senos, los muslos y los brazos, más redondos aún. Nacíanle los dos pezoncillos en el seno, oscuros, con el precoz abultamiento de cosa sabrosa, apetitosa y cálida.

Un día me oculté detrás de un tiesto enorme que había sobre el pretil de la galería... un tiesto que soportaba una mata de marínela, la cual desparramaba sus hojosos estambres con tal profusión que podía esconderse una persona acurrucada echándose encima su follaje. Llamé a la chiquilla, y ella, suponiendo que se trataba de alguno de nuestros inocentes juegos, acudió. Al tenerla cerca de mí se sacudieron todos mis nervios... la agarré, la abracé áspidamente, le chupé la boca, le mordí los pezones y me, refregué con ella un buen rato. Me extrañó que no se enzarzara a berrear como lo hacía cuando le cometíamos alguna otra mala pasada. Antes bien, sonrió un poco, lo tomó a juego... le relampagueaban las pupilas, como a una gata en acecho.

Se repitió el atentado aquel mismo día; pero esta vez fui más salvaje, y ella gritó.

La abuelita vino, y al conocer del suceso, me reprendió acremente; pero como mamá preguntase, respondióle “que no había pasado nada”.

Poco tiempo después me pusieron en una escuela de niñas. Según la *agüela* era yo aún muy pequeño para ir a escuela de varones, En aquel instituto me acabé de convertir en un precoz sátiro.

¡Cometía horrores con mis condiscípulas! Ellas sonreían enseñando los dientecillos lindos y menudíticos, y me decían mono.

Cuando fui ya zagalejo me quitaron de aquel plantel. Las maestras afirmaban que yo era un genio, y con razón porque papá era persona influyente en la política, y amigo íntimo del Ministro de Instrucción Pública.

Mamá dijo que iba a poner a mis hermanitas en la misma escuela, calculando seguramente que podrían resultar genios también. Pero yo fui el primero en oponerme. Dije a mamá que no llevara a mis hermanitas a aquella escuela.

No dije por qué; pero en mis adentros reflexionaba que podía presentarse otro *alumno*... como yo, por ejemplo, y poquísima gracia me hacía aquello de que mis hermanitas aprendiesen demasiado.

Una madrugada me colocaron sobre un caballo moro. Mi madre desprendióme de sus brazos llorando. Era la primera vez que me arrancaban de su lado. Ya me había echado al cuello una cadenita de oro con una medalla de plata que tenía grabada la Madre de Dios y el Crucificado.

-¡Sé bueno, hijo mío! -me dijo, y se encaminó a sus habitaciones. Al pasar cerca a uno de los rosales que poblaban el patio, un rizo de sus cabellos negros se enredó en las espinas, y ella, al sacudirlo, provocó una lluvia de pétalos.

Juan, el viejo criado de la casa, con un farol encendido en la diestra iba adelante alumbrando el camino. Detrás de mí, mi abuelo en una muía negra. El buen viejo tosía a ratos y fumaba ávidamente un grueso y candeloso tabaco aragüeño.

El criado Juan nos acompañó hasta el paso del río.

Me llevaban a Caracas, a la capital de la República. Mi padre estaba ahí, ocupando un alto puesto público, y quería mi madre que a su lado me hiciera yo un hombre de provecho, un hombre ilustrado, un doctor. Para la pobre madre era una desventura que su chico creciese en aquella provincia domando pollinos cerriles, novillas bravas y guatines feroces; castrando verracos, destocando machos cabríos.

Mi abuelo entregome. Luego de echar la bendición a mi padre, montó su mula negra, se batió el caballo negro y se alejó. Yo me eché en los brazos de mi

padre llorando... ¿por la partida de mi abuelo? No. ¿Por la ausencia del hogar? Tampoco. ¿Y entonces? ¡Ah, caramba, yo lo que sentía era que se fuese lejos de mi el caballo moro!

Sea por múltiples ocupaciones, sea por librarse de la incomodidad de estar atendiendo a un chico voluntarioso y travieso, es lo cierto que papá me colocó en una casa de huéspedes, donde el hostelero tenía orden de darme todo cuanto yo necesitase. Era el buen hombre el encargado de vigilarme y obligarme a ir al colegio todos los días.

Las primeras semanas marchó todo muy bien. Pero después, ya por cansancio ya por fastidio, ni el hostelero se ocupaba de mí, ni yo del hostelero. Yo acudía al aula cuando me daba la gana,

De mes en mes iba mi padre a verme, y... hostelero y pupilo mentíamos como dos chalanos. Yo, por temor a la zurra, él, por no perder la mensualidad que de mi padre devengaba. Entre el hostelero y yo palpitaban intereses creados.

No obstante, aprendí algo en el colegio. El señor Naranjo y el señor don Amador Cruz Guitián, profesores de lectura y escritura en el Colegio de San Agustín, lograron no poco de un muchacho tan asalvajado y enmarañado como yo. Haciendo gala, pues, de tan maravillosos aprendizajes, escribí a mamá:

“Yo estoy bueno aquí en Caracas. Me ha dado gripe en estos días; pero no es mucho.

“Papá no se acuerda de mí para nada. Ni de ti tampoco.

“La que viene a verme, en nombre de él, es una señorita muy bien vestida, que me besa, me acaricia, me dice «niño mío», y agrega que es *abijada* de mi papá.

“Te pide la bendición tu hijito, *Oliverio*”.

Esta carta produjo consecuencias inmediatas. La primera carta que escribí. Tres días después recibía mi padre un despacho telegráfico concebido en estos expresivos y lacónicos términos:

“No creí yo que usted fuera tan canalla. Mándeme mi hijo infame!

Su esposa,

*Emilia*”.

Como el envío de mi honorable persona se hacía esperar, mamá amenazó en otro despacho telegráfico con presentarse ella misma.

Papá no hallaba qué hacerse. Fue a verme... seguramente con ideas de *prepararme*.

—Yo no sé, ¡Yo no sé!... -murmuraba con agitación, encogiéndose de hombros y paseándose-. Tu madre se ha empeñado en creer que yo no te atiendo a ti... ¿Quién la habrá hecho creer ese desatino?...

—¡Dígame usted!... ¡dígame usted!... murmuraba yo con las manos en los bolsillos, paseándome y encogiéndome de hombros, también muy formalote —¡Dígame usted! ¡ganas de conversar!

Mi padre tomó el bastón, el sombrero, me colocó la gorra y me dijo:

—Ven conmigo que te voy a llevar al Circo ecuestre.

Me atiborró de bombones, caramelos, galletas, gomitas purpurinas; ofreció comprarme un caballito negro con una sillita dorada; un traje azul marino con anclas de plata en las bocamangas.

Atreviéndose un poco más con motivo de mi bullicioso entusiasmo, agregó:

—Y a mamá... no dirás nada de Josefina... esa fue ahijada mía... cuando yo era soltero, vamos... no es bueno que mamá se imponga de eso. No le dirás nada.

Yo prometí permanecer callado como una estatua, pero cuando con rumbo a mi provincia, iba en la diligencia al lado de mamá, me desaté a charlar como un lorito. ¡Cuántas cosas le dije!

Recuerdo que era el mes de abril. Los campos reían por las mil bocas de las flores rojas, azules, amarillas de los bucares, las acacias, los mahomos, las pascuas, las trepadoras de los barrancos. La caña de azúcar desgranaba en los valles sus penachos de oro vivo. Por las cumbres pasaban nieblas voladoras. El río avanzaba saltando por su lecho pedregoso sacudiendo desgarrados encajes de plata

las espumas. Las bandas de loros montaraces inundaban de ruidos la espesura de la selva, el sol restregaba su melena rubia en las polvaredas de la ruta... y a lo lejos, muy lejos, en la falda apalescente de una serranía grupos de casitas blancas simulaban un reguero de estrellas en el ala bravía de una bandera...

Belleza, linda y victoriosa la de aquel paisaje tropical, pero yo recuerdo, que mamá iba llorando.

A medida de lo que yo le iba contando, gruesas lágrimas rodaban por la belleza pálida de sus redondos carrillos.

Yo me percaté de ello, y suspendiendo mis parlerías le pregunté entristecido:

—Mamá, ¿por qué lloras?

—No, hijo mío... no lloro... es que la brisa me molesta... cierra el ventanillo.

Luego, tomándome en sus brazos me oprimió, me besó, me bañó el rostro con sus lágrimas.

—Mi mamá es muy celosa —solía pensar yo después— ¡Caramba, que celosa es mamá!

No tardó mucho en cerrar la noche. Era aquella una tarde despejada; pero fría. Había llovido. El camino estaba hecho un lodazal y las ruedas de la pesada diligencia se hundían, teniendo que hacer esfuerzos muy grandes las caballerías para ir adelante. La tralla restallaba incesantemente sobre sus lomos y el ¡já! ¡já! del cochero acompasaba ásperamente aquellos chasquidos.

Al cabo, cerró la noche por completo. Las estrellas aquí y allá refulguraban como pálidos y temblorosos reverberos.

Mi madre preguntó al auriga si tardaríamos mucho en llegar a la posada de Trapiche del Medio.

—No, señora —respondió el interpelado— dentro de un rato llegamos, por eso no he encendido los faroles.

Quedamos de nuevo en silencio. El tardo furgón avanzaba por entre la espesa tiniebla. Íbamos como por una ruta fantástica envueltos por la soledad y el

silencio. Una buena pieza de tiempo después sentimos unos ladridos lejanos. Era que la posada estaba próxima.

Tan negra era la sombra que nos rodeaba, que no nos veíamos unos a los otros.

Sólo sé que yo alcanzaba a columbrar a mi lado un objeto blanco que se movía; era el pañuelo de mi madre. Acaso ella había esperado la sombra y el silencio nocturno para dar rienda suelta a sus cuitas.

Yo ante aquellas cosas nuevas para mí, daba pábulo a infantiles reflexiones.

En frente de casa, en el pueblo natal, vivía una señora joven y hermosa casada con un anciano. Las gentes de la vecindad murmuraban mucho de ella y del secretario de la Jefatura Civil.

Otras señoras, que iban a casa, amigas de mamá, tan pronto como llegaban se ponían a hablar en mal tono de la vecina, casada con el anciano. Mi mamá era una de las que decía que aquella señora no era honrada, puesto que faltaba a su marido.

De esta manera, por la lógica aplastante de los niños, llegué yo a deducir que a toda persona infiel al matrimonio debía considerársele deshonorada.

Y viajando con mi madre desde Caracas hasta el solar nativo, esto me produjo una cosita muy honda: mi papá también había sido infiel al matrimonio... luego... ¡pues mi papá también estaba deshonorado!

Sentí impulsos de echarme a los pies de mi madre, suplicarle que no dijese nada, que lo ocultara todo, porque para mí sería una tortura suprema oír que murmurasen de papá como murmuraban de la vecina casada con el anciano. Ya yo miraba a papá vilipendiado y escarnecido por las lenguas de la vecindad.

Esta temprana pena se aferró en mi tierna alma como un insecto fiero en el seno, todo perfumes de una campánula de los campos.

En la posada había mucho viandante, ladridos, relinchos, aparato de cargamentos, carretas; los mozos de la posada no se daban punto de reposo caminando para acá, para allá con faroles encendidos.

Mi madre cenó muy poco. Yo engullí como un cachorro; tenía tanto apetito. ¡Me tragué la cena mía y la de ella!

Luego, acostados los dos en la desvencijada cama de hospedería, nos quedamos profundamente dormidos.

Pero a eso de la media noche me despertó mamá:

—¡Oliverio, Oliverio! —murmuraba en voz recia.

Yo le pregunté sobresaltado que, qué quería. Pero ella no respondió: comprendí que estaba hablando dormida. “¡Oliverio! ¡Oliverio!”.

Esto me suscitó una nueva reflexión, ¿estaría mamá soñando conmigo o con papá?

Porque al fin y al cabo, los dos llevábamos el mismo nombre: ¡Oliverio, Oliverio!...



Un año antes de morir mi padre, me marché a la guerra. Ya yo era un hombre, todo un hombre. ¡Ya tenía dieciséis años! En el pueblo de Maracay vivían unas hermanas de mi padre. Me presenté allá hecho un guerrero, con toda la barba.

Calzón y blusa de lienzo amarillo, alpargatas de bramante y suela, sombrero alón, *pelo de guama*, adornando una cinta y escarapela tricolor; al cinto la peinilla de ancha y curvada hoja con mango de cuerno de toro, y a los talones mohosos y recios acicates.

Llovía a mares. Había dejado el potro en la puerta de la corralada. Mi capote de cobija peluda chorreaba hecho una sopa.

¡Brú! ¡brú! ¡brú! Atravesé marcialmente el empedrado del patio, amarrándome el pecho, trepidando los acicates. El potro sacó la crinada sobre las bardas del corral, y lanzó un relincho.

Mis tías no me reconocían:

—Señor, ¿y quién es?

—¿No me conocen? —dije yo enronqueciendo la voz.

—¡Dios mío! —exclamó mi tía Juliana —si es ¡Oliverio!

—¿Y adónde vas tú con ese aparato, mocosos? —preguntaron todas a coro.

—¡Pues a la guerra! ¡Voy con las tropas del general Mendoza! Pertenezco al cuerpo de caballería pampera!

¡Ni Balboa cuando tomó posesión del mar del Sur estuvo más encorajinado que yo!

Mis tías telegrafiaron a mi padre. Este hizo lo indecible por recuperarme; pero las tropas iban ya de Valencia hacia Tocuyito. En plena zona de batalla, y ¡cualquiera no daría con mi paradero en aquel torbellino de cohortes guerreras!

Entramos a saco en el Alto de Uslar; derrotamos a los revolucionarios en los valles de Tocuyito. Entré en cinco cargas de caballería en las sabanas de Carabobo, y salí ileso... Antes bien, cuando mis compañeros no habían comido en veinticuatro horas, llevaba yo media docena de pollos asados en el tiento y en las cañoneras de la silla.

Mil muertos quedaron en el campo. Cuando iban a nombrar comisión para hacer las listas de botín, fui el primero en ofrecerse. Sacábamos cadáveres de entre la greda, sucios de sangre y de fango. Le registrábamos los bolsillos, el cinturón, el morral.

Si tenían anillos, que por la inflamación de los dedos no era fácil sacárselos, pues con un cuchillo bien afilado se hacía la operación. Las zubbias, los surcos de la caña de azúcar, los zanjones abiertos por la furia de las crecidas, estaban llenos de cadáveres.

Un muerto, gigantesco, que se hallaba tumbado sobre un tronco de roble, y el cual parecía ser jefe, llevaba un San Silvestre de porcelana en el bolsillo del capote. Con un no sé qué de estupor religioso tomé aquella estatuilla y la metí en mis alforjas.

Pero cuando cuatro días después entramos en el pueblo de Tinaquillo, me dieron ganas de venderla.

Sofrenando el potro me salí de la fila, y acercándome a unas señoras, que estaban en una ventana viendo pasar los batallones, les ofrecí la alhaja.

—Un santo, señoras; lo vendo barato... no es robado... se lo saqué del bolsillo a uno que matamos en Tocuyito.

Las mujeres tomaron la pequeña imagen. Una de ellas lanzó un grito y cayó desmayada. Las otras se cubrieron el rostro, con las manos, horrorizadas.

Yo abría los ojos con sorpresa. Pero al fin caí en cuenta de que la prenda que yo vendía perteneció al marido de una de las señoras, y, que, naturalmente, debía considerarse viuda de aquel momento en adelante. Le di la noticia fatal sin quererlo.

Pero el precio del santo no se los perdoné. Un peso me dieron por aquella porcelana.

Poco después contaba yo a mi jefe lo ocurrido con las señoras.

—¿Conque es la familia de un revolucionario? —comentó —¡Pues a saquear esa casa! ¡A esos godos hay que darles muy duro!

Y salió una escolta para la casa del San Silvestre. Sacaron cuantas vacas, cuantas gallinas había en el corral: toda la piara; un burro, unos tasajos de carne de res ahumados y diez sacos de maíz.

La casa de un revolucionario... ¡tenía que haber ahí muchos elementos de guerra!

La campaña se hizo cruda. El enemigo se retiraba a los Estados del Sur. La estación de las lluvias había entrado de nuevo. Caminábamos leguas enteras con el agua al ojo de la cincha. Había que construir balsas para los soldados de infantería, ríos desbordados; borrascas, la plaga del zancudo cada día más brava. Dos meses largos, después de un continuo ajeteo de escaramuzas y asaltos de plaza, pudimos acabar con la revolución.

Los encuentros finales dieron por resultado el desbarajuste del adversario. Se iba entregando a nuestra discreción por compañías, por batallones. Todos los jefes y oficiales eran fusilados en el mismo instante de ser capturados. Los individuos de tropa, eran largados en libertad después de propinarles tres o cuatrocientos garrotazos.

Inutilizábamos las bestias que encontrábamos al paso, dejarretándolas para que los enemigos no se sirviesen de ellas en la fuga.

Cuando arribé a casa, ya estaba mi padre muy malo de aquella afección que lo llevó meses después a la tumba.

Yo estaba crecido, se me había enronquecido la voz, comenzaba a salirme la barba y enamoraba mujeres.

Mi madre tuvo que “componerme” de nuevo: me curó una disentería que ya quería hacérseme crónica, me hizo ropa, pues regresé de la campaña con sólo unos harapos, me obligó a bañar, y se estuvo quince días sacándome piojos. Mi cabeza se había convertido en un semillero de tan inmundos animales.

— ¡En mi vida he visto un muchacho más sinvergüenza! —exclamaba mi padre con cierta cólera.

Mi madre asentía con un movimiento de cabeza; pero a las claras se le veía el regocijo de tenerme de nuevo a su lado, tras la angustia de meses y meses pensando en que el hijo adorado podía sucumbir cosido a balazos. Así, piojoso y sucio, me besaba y me acariciaba como quien besa y acaricia un macizo de rosas. ¡La madrecita querida! ¡Cómo la recuerdo a pesar de los años que han pasado!

¡Cómo ilumina en mi alma su memoria!

Meses después se casó mi hermana mayor. Mi linda hermana. Toda ella blanca, delgada, esbelta, con los ojos azules, rubia. ¡Parecía una orquídea de cristal!

¡Era mi hermana tan fina! Su delgadez, era inverosímil; su delicadeza extremada: su piel de seda y su boca tan pequeña.

Pero se casó con un ventrudo comerciante; con un hombre de cuarenta años, mostachudo, recio, enorme. Las manazas tigras de aquel gañán ¡cómo irían a pasar en una caricia por los senos floridos de mi hermana! Era una injusticia que aquel paquidermo se uniese a una niña tan delicada. Pero así es la vida. Ella, se enamoró de él. Además él tenía dinero, mucho dinero, bastantes onzas de oro.

Ella, a su lado, parecía un cisne con un mulo de carga. ¡Pero ella gustó de él! ¿Qué propensión será esa de las mujeres hermosas hacia lo monstruoso? Conocí una lindísima hija de un banquero alemán que se acostaba con un negro... con un negro de Venezuela, de mi país, que son los negros más asquerosos del mundo.

Y así... no sabes tú, lector, ¿por qué las mujeres se sienten atraídas hacia lo deforme y lo monstruoso? ¿no lo sabes tú? ¡ni yo tampoco!

Mi hermana tuvo una porción de hijos de aquel hombre. Sus hijos son muy lindos. ¿En qué consistirá que los hijos de un hombre horrible salen bellos?

Y la noche de aquella boda fue la noche más amarga de mi vida. Yo no asistí a ninguno de los actos sociales.

Pero con los ojos de la imaginación, contemplaba a mi hermanita, linda y rubia, delicada y fina, pálida y cándida, con los ojos bellos y lánguidos en brazos de aquel beduino... ¿sería ella como una caléndula de nieve, reposando en el hueco de un odre!



## IV

**Mi** padre murió. Recuerdo que mi madre lloró mucho. Yo siempre he dudado del amor de las mujeres. Pero esta vez creí en el dolor, y el amor inconmensurable de aquella mujer que fue mi madre. ¡Si todas las mujeres fueran como mi madre!

Siendo, como era, hermosa, joven, adinerada, no faltaron tentativas para que contrajese segundas nupcias; pero ella, no accedió jamás. Murió viuda inconsolable.

Como yo no hacía cosa de provecho y cada día más dado a la juerga y a las daifas, y cada vez más irreductible, comprendió mamá que yo necesitaba la mano recia y áspera de un hombre que me obligase a ir por buen camino,

Pensó en un hermano suyo que vivía por allá, por las pampas de Apure, mi tío Román. Aquel, en efecto, era hombre recio e impulsivo, mitad hidalgo, mitad tercio pampero.

Y mi madre me envió al lado de mi tío...

Eran las cinco de la mañana. El sol comenzaba a desgarrar encajes rubios en las cabelleras de los bambúes, de los azores, de los tamarindos sombríos. La quebrada vecina pasaba cantando por debajo de los yagrumos, rompía sus cristales contra las peñas del cauce y al tomar el recodo inmediato restregaba largos vellones de espuma que al esparcirse, parecían una sábana de algodón.

Mi madre me desprendió sus brazos, llorando, en el corredor de la casa de la granja. Encargome que fuese al pueblo de paso y me despidiese de la *agüela* y de mis hermanitas. Estas estaban en el colegio.

Fue aquella vez la última que los lindos ojos de mi madre se retrataron en los míos. Cuando regresé de aquel largo viaje, ella había muerto,

Llegué a casa de mi tío, quince días después. Hícele entrega de la carta de mi madre que decía más o menos lo siguiente: “Te lo envío para que hagas de él un hombre serio y trabajador. No puedo yo formar aquí ese chico. Tu hermana que te quiere y te recuerda”.

Yo tenía mis aprehensiones al lado de aquel tío tan rudo, tan regañón y tan fuerte. Fumaba mucho, en una pipa descomunal. Se gastaba unas barbasas salvajes. Lanzaba llamaradas por los ojos cuando se enfadaba. Gritos inarticulados, y un día le vi desnucar una muía de un puñetazo.

Casi todos los peones jóvenes que había en la tropa de jinetes pamperos, eran hijos suyos. De ahí que los mandaba a las patadas y a los sogazos: era amo y padre. ¡Qué más! Pero, yo cogí el hilo de las tablas muy pronto. Mi temperamento se desbordaba por la espesa red de mis nervios vibrantes y potentes como un raudal que va cerro abajo, bullendo, alborotado, lleno de luz y de vértigo.

Domaba potros, castraba verracos, curaba gusanos, manejaba la lanza y la sogá, pasaba caños crecidos a brazo... ¡era aquel mi elemento!

—¡La raza! ¡La raza! —exclamaba lleno de júbilo mi tío en cada una de mis hazañas. —¡La raza!... ¡tiene a quién salí!... ¡Ese no es pendejo!... ¡Ese es sobrino mío!... Ese la lleva porque la lleva. ¡Ojo!

Y en aquella vida había permanecido yo hasta que se me hubieran encanecido los cabellos. Pero “las rosas de mi donjuanismo” torcieron el rumbo a este vagar.

Trataré de hacer sucinta relación de cómo fue este primer *tour de force* de un sujeto mitad señorito, mitad tercio pampero, metido bruscamente a tenorio de doncellas candorosas, de burlador de padres y de maridos gruñones.



No salí muy airoso en mi empresa; pero para ser la primera hay que convenir en que había madera, y más que madera: riñones bien puestos y la mar de malicia y don de gentes.



La chica era un primor... Me parece que la estoy viendo: jamás se ha borrado de mi memoria. Y cosa rara. Yo que soy tan fácil a olvidar a las mujeres que han servido mis apetitos. Para entonces tenía diez y siete años. Rolliza, viva, morena, muy pálida, pero con esa palidez bronceada de las mujeres del desierto. Con sus enormes ojos negros y... unas caderas y unos brazos...

Vivía cerca a la casa del hato. Íbase uno siguiendo la ruta de las bardas de la corraleja, tomaba por en medio de dos filas de arañúas en flor, y luego de salvar un pequeño torrente, se encontraba con el patio del bohío, un patio amplio y siempre limpio lleno de nieblas las mañanas.

Ella cuidaba con esmero las marínelas, los geranios y unas florecillas azules en una especie de troja llena de estiércol que había arrimada a los cañizos de la cocina.

Su padre era un viejo domador de caballos en quien mi tío depositaba toda su confianza al mandar ganados a la capital o a otras provincias. Y como mi tío depositaba confianza en él pues él la depositó en mí con respecto a la hija... y en ese rondel estuvo todo el quid del asunto.

En su presencia misma solía decirme Salomé:

—Ya sabes, hijo; te espero mañana para que tomes el puchero con nosotros.

Yo acudía, tomaba el puchero; ella me miraba con una asiduidad y un éxtasis de gata.

Así, de avance en avance, de paradoja en paradoja, de flor en flor, llegamos a una completa y cabal inteligencia. La señá Josefa, como buena madre, no la abandonaba ni un momento. Yo tenía que hacer esfuerzos e inventivas prodigiosas para lograr un beso, un abrazo, un apretón de manos, una frase amorosa. De noche era imposible abordar el bohío, guardado por una jauría de la caza de tigres que olfateaba al extraño a gran distancia. El camino real estaba a un ciento de tiros de ballestas distante de ahí. Pues bien, los perros olfateaban a los que acertaban pasar tarde la noche y salían a ladrar a las afueras de las empalizadas.

Más para el que anda en amores no hay imposible. Ella me dio la certeza de que se fugaría conmigo, y una noche de lluvia, después de aprisionar los perros en la cocina, fuese hasta el sitio donde yo la esperaba. Saltó como consumada amazona sobre el anca de mi caballo y... partimos.

La bestia, en la amplia llanura, iba rasgando la espesa malla de lluvia, de niebla y de sombra. Amanecimos lejos, muy lejos, en un bohío abandonado, allá en el linde de unos palmares distantes... un bohío que sirvió años pasados a unos pescadores de galápagos.

Estuve muchos días ausente del aduar de mi tío. Yo me aprovisionaba por órgano de uno de los compañeros de vaquería en la pampa. Pero a la larga tuve que echarme afuera a ganar la vida. Tomé plaza en uno de los hatos de la región y... ¡más vale que no!

Fui descubierto por el padre de la chica; se informó donde vivíamos, y fue a buscarnos, seguido de unos doce de los suyos.

Nos asaltaron a media noche. Yo salí en fuga bajo una lluvia de balas. Mas por casualidad que por propósito deliberado di a pocas ballestas de ahí con mi caballo.

A nado pasé aquella noche el río Arauca...

Fui a parar a Guanare, la ciudad capital de uno de los Estados del Sur de Venezuela. Desde ahí envié carta a mi tío suplicándole que me mandase dinero para trasladarme al lado de mi madre, que me había visto en la forzosa de vender el caballo, que perdonara mi desaguisado en fe de que sólo “la raza” y nada más que “la raza” era culpable.

Mas, cuando recibí las cinco onzas de oro que me envió, en lugar de dirigir mis pasos a la casa materna, emprendí peregrinación por lejanas tierras. Fui vagabundo y aventurero por casi todas las ciudades y los pueblos de la República. Atravesé sabanas reverberantes, campos intrincados, montañas espesas, vadeé ríos y pantanos... En un pueblo de Los Andes, merced a mis aptitudes formidables para las faenas de la agricultura, conquisté un puesto de mayoral en una granja.

Y... es claro, yo hablaba hasta por los codos. Era muy joven, buen mozo, audaz, bebía aguardiente, toreaba novillos bravos, buen jinete, fanfarroneaba.

Como era época de recolección de café y cacao, pusiéronme al frente de unas trescientas mujeres. Yo vigilaba sus faenas, anotaba las cantidades de fruto que recolectaban, y les daba órdenes terminantes. Cuando entre ellas se presentaba alguna diferencia o lío, por peripecias del oficio, y era yo requerido a juzgar, mis fallos eran inapelables. Generalmente, le daba razón a la más bonita o a la que probablemente podía darme alguna cosa.

En aquel oficio se gastaba bárbaramente mi energía. Se me acababan las fuerzas, enflaquecía.

Comprendí que no debía continuar de jefe de aquellas chicas por más tiempo. El día que pedí las cuentas y me marché... iba meciéndome como un sauce llorón impulsado por la brisa. Me dolían los riñones, me pesaban los párpados y estaba pálido y ojeroso.

Me sentó mal, aunque placenteramente, el cacao. No podía yo estar con el entusiasmo de nuestro gran poeta Andrés Bello, cuando cantó al árbol de la rica savia:

¡Tú en urnas de coral cuajas la almendra  
Que en espumante jícara rebosa

No obstante, ha dejado una huella imborrable en mi memoria, aquella época de mi pujante juventud en que sacié el hambre de la manzana pecadora, hasta más allá de la hartura, a pleno bosque, bajo el ala fresca y olorosa de los guamos y los cotoperices umbríos.

Y continué mi éxodo. Alejándome, alejándome... hacia la frontera colombiana, lejos, muy lejos.

Yo quería trepar las cumbres de Pamplona y Santurllán: conocer las extensas llanuras de Casanare y las glaciales rampas de Cundinamarca. Alternar en aquellas pampas de extranjera tierra con los jinetes de corajes o arrojito, que pelean con el caimán y con el boa; que se van a atacar el jaguar a su propia madriguera, y lo vencen, le arrancan la piel, y en la estación de las lluvias, se la echan encima a guisa de capa... la cual llevan con tanto orgullo como el emperador su manto regado de oro.

Quería oír el ruido ensordecedor de las cataratas del Tequendama: recordaba el adorable y cálido poema de Jorge Isaacs, y soñaba con las cumbres del Cauca, aquellas vegas floridas que con sus rosas y sus nieblas enjoyaron los cabellos castaños de María.

Soñaba navegar por el Sogamoso o el Magdalena en un velero de plata o en una "piragua bruja"... esas piraguas rimadoras que en las noches de luna bañan sus techumbres de henea, con un reguero de diamantes, mientras el barquero criollo canta monótonamente una de esas cancioncitas románticas a cuyo son envuélvese el alma en una espiral de incienso.

Quería estrechar entre mis brazos una de esas indias del Tolima que muchas veces mueren de espasmo bajo los jadeos imperiosos del macho.

¡Honda! ¡La Dorada! ¡Antioquia Viejo! ¡Zapatoca! ¡Ferviente morena que me regalaste un sombrero tejido por tus manos regordetas y cálidas!

Pero tuve que detenerme en un lugar todavía muy distante de la frontera.

¿Qué queréis? Los cuartos se habían agotado en la hucha del viajero... Sin cuartos no se puede viajar.

Me detuve, pues, ahí...

Un caserío, un cementerio, un río, unas labranzas alledañas, un camino largo, tortuoso, gris; un cura, unas vacas panzudas, unas muchachas rollizas y risueñas, una iglesia y una torrezuela blanca poblada de campanas, de golondrinas y palomas.

En aquel no caí bien del todo. Metido a mozo de muías... pasaba las de Caín amarrando las cargas.

La señora de la casa aludiendo mi ineptitud para el oficio solía decir que yo no servía para nada.

-Pero es buen mozo -argüía una de sus hijas.

-Espejo sin luz -continuaba refunfuñando la excelente señora.

Total: que cuatro o cinco meses después, salí de allí con algunos cuartos en sonantes piececillas de cincuenta céntimos... Medianoche por filo, dejando... algo que quizás sea hoy un joven de provecho o una muchacha de mereceres... vale decir, la consecuencia de un amor súbito, apasionado y cálido.

Yo no quería marcharme; la cadena de sus brazos quiso atarme enlazada a mi cuello como en una fiebre de tormentas carnales. Pero yo permanecí firme.

—Me quedo... y tus hermanos no querrán que me case... ¿Sabes tú, dulce amor mío?... Te aseguro que tratarán de hacer de mí un picadillo... luego, tu madre que me cree espejo sin luz!

Pocos días después llegaba a San Cristóbal, la ciudad centinela de los Andes venezolanos.



Caminaba yo muy orondo, cuesta arriba, tomando escalón a escalón, la férrea ascensión de piedra berroqueña hacia la calle real. Pastales inmensos hacía el Sur, laderas verdegueantes, cañamelares mugidores. A mi espalda, sobre la cumbre, hacia la región de la frontera, el pueblecito de Palmira, con sus casas blancas, de techos rojos y su mancha bruma de selvas vírgenes.

Encantado del paisaje, mis pupilas se dilataban mirando los valles, los ríos, las cumbres refregadas de niebla, los patios de las casas poblados de amapolas, de naranjos, de marínelas, de tamarindos; aspirando la ola de perfumes de flores y frutos amarillos, rojos, violáceos.

Y... hubiera gastado mucho tiempo en mi lenta ascensión; pero un ruido de armas, de voces, un tropel de gente que venía tras de mí, sacome del ensimismamiento. Incontinenti fui envuelto por aquel torbellino de forajidos. Uno que parecía el jefe, esgrimiendo un machete de ancha y curva hoja se me vino encima. Díjome imperiosamente:

—Ea, buen muchacho, agrégate, agrégate, que tenemos que defender el piazó e tierra en que nacimos.

A la voz de defender el pedazo de tierra que nos vio nacer... ¡pues cualquiera se niega! Lejos de inmutarme, regocijeme en extremo de agregarme a aquella cohorte de defensores. Precisamente yo iba pensando en agregármele a alguien. ¡Miel sobre hojuelas!

Luego de verme en el cuartel impúseme de todo. Acudían hombres, hombres, hombres de todas edades, clases, condiciones. Yo había llegado en el momento preciso. Esa mañana había arrojado Colombia sobre nuestro territorio diez y seis mil hombres de sus más aguerridas fuerzas de línea.

Barrieron la pequeña guarnición de San Antonio y avanzaban en dos alas por ambos lados de la sierra, con el fin de envolver a San Cristóbal y marchar al interior de Venezuela, con el propósito de paralizar la movilización en Mérida y en Trujillo.

Pero los cálculos fallaron al Estado Mayor Colombiano. En los potreros de San Cristóbal, en las mesetas de Capacho Nuevo, dejaron la mitad de sus tropas, entre muertos, heridos y prisioneros.

El filo de los alfanjes andinos se cebó en aquellos desordenados batallones. No conocedores, o informados teóricamente por los mapas de aquel laberinto de breñales, desfiladeros, bosques abruptos, cuestras, zanjones, se extraviaron al mismo comenzar el avance. Las masas de soldados eran acuchilladas muchas veces sin hacer el primer disparo, cogidos por sorpresa en la maraña de emboscada, o barridos desde los picachos por la artillería de montaña.

Cuando llegamos a la frontera, el Estado Mayor del Ejército de mi país ordenó tomar medidas para continuar el avance en territorio del invasor; pero a la sazón intervino Méjico. Una nota del ministro de Negocios extranjeros de la República azteca para ambos países en que los invitaba a un arreglo, cuya base de discusión estaría en la propia capital mejicana, puso fin a aquel incidente, que costó a las dos naciones hermanas unas mil quinientas vidas.

En esta acción bregué yo, no como en otro tiempo, jinete en brioso potro y con lanza en ristre, sino con la peinilla andina, dándome el fango al muslo y cerrando filas con las hordas más salvajes de Sur América.

En efecto, eran mis compañeros de armas hombres semidesnudos, de espesa barba, curtidos por el sol y los vientos del páramo. En la pelea resoplaban como fieras; sus golpes eran, no solamente mortales, sino despedazantes... Los cadáveres del enemigo, recogidos pocos días después, daban horror: partidos por la mitad; longitudinalmente; separados los brazos o las piernas o la cabeza.

En uno de esos reveses de la lucha, mi batallón bajó a una quebrada. Ahí nos mandaron a suspender la ofensiva.

Destacó el jefe un cuerpo de fusileros en la parte más alta del barranco, como punto de observación. El resto de la tropa se echó al peñascal de la quebrada a aprovechar el momento para afilar las armas.

El espectáculo más bárbaramente original, más salvajemente épico, más emocionantemente expiatorio que he presenciado: la quebrada embravecida, vertiginosa, bullente, saltando entre laberintos de espuma; y la manada de hombres selváticos, de barbas tan espesas como las piedras, afilando sus terribles armas como poseídos de una fiebre de matanza, como arrebatados por un loco huracán de cóleras. Uno de aquellos hombres, que llevaba camisa de lienzo blanco, tenía pintada en sangre la huella de una mano en medio del pecho...; acaso la víctima después de recibir el primer golpe se le fue encima y le puso la diestra ahí angustiosamente.

De entonces acá, nos odian los colombianos. Odio inmotivado, puesto que por no dejarnos humillar, aconteció la catástrofe que tanto les duele.

Odio que antes bien les ha producido consecuencias fatales, puesto que merced a él se encontraron solos, cuando la traidora dentellada del cerdo yanqui en el Pacífico.

Poco tiempo después, se efectuó el licenciamiento de las tropas. La lección había sido ruda, y por lo tanto, no había que temer para lo sucesivo.

Se licenciaron las tropas: pero yo, que tuve la desgracia de hacerme notar como listo en el servicio ordinario del cuartel, fui agregado a la guarnición de San Antonio de la Frontera.



## VII

En el servicio no me aconteció cosa de importancia... Una vez me iban a dar cincuenta vergazos por haberme quedado dormido mientras hacía la ronda. Milagrosamente escapé a la pena. Otro día, se me subió el aguardiente a las narices, le di un puñetazo a un camarada, y me administraron un cepo ballestero. Este tormento fue de doce horas: vale decir, seis por el puñetazo y seis por la tanda de copas.

Había en las tropas un ayudante habilitado, que en su calidad de pariente del jefe, hacía cuanto le daba la gana con el dinero del regimiento. Compraba raciones, prestaba a interés, hacía diabluras. Era nuestro perenne acreedor aquel judío. Le odiábamos.

Montaba un mulo pardo, que era una indecencia.

Cierta vez me escogió a mí para que se lo ensillase, en virtud de que su ordenanza andaba en un recado fuera.

Cuando saqué la bestia del pesebre, llevaba todas las malas de un soldado de honor que se ve reducido al estado de lacayo por un advenedizo. Y como llevaba malas ideas, me asaltó una que puse en práctica inmediatamente: pásele el freno al mulo, le alisé el costillar con un estropajo seco, y le observé el espinazo donde tenía una matadura; me fui a la cocina y tomé un huesecillo

de cordero. Luego le coloqué aquella pequeña pieza encima de la lisiadura al mulo. Después, le coloqué cuidadosamente los sudaderos y la montura.

La bestia al sentir aquella molestia, se movía, se sacudía, pateaba. Yo esperé ansiosamente que llegara, como, en efecto, llegó el ayudante.

Túvele la cabalgadura por las bridas, y cuando cogió los estribos, se la solté.

El huesecillo probablemente se le encajó al animal en el espinazo, pues apenas tomó la puerta de la calle, arrancó en tal barajuste de carcobos que el ayudante fue lanzado largo a largo en el empedrado. La bestia continuó desahogada, derribando a cuantos encontraba al paso. Hizo pedazos la silla, el freno /cuanto llevaba encima, en alforjas y perendengues.

Aquella caída le costó al ayudante nueve meses de cama. Se le quebró un antebrazo; se arrancó la mitad del cuero cabelludo y la mitad de las narices quedó pegada a un guijarro.

Y he aquí cómo un mulo indecente nos *ayudó* a quitarnos de encima aquella mosca de *ayudante*.

Jamás dije a ninguno de los camaradas que yo había sido el autor de la obra. ¡Si lo llega a saber el salvaje de mi jefe me fusila sin más contemplaciones!

Yo pasaba las horas muertas leyendo. Una Biblia encarnada que me regaló un Pastor Protestante. Fue aquella mi primera y asidua lectura. Los pasajes del Cantar de los Cantares y del Génesis que a otros le parecen cansones, a mí me sugestionaban.

Aquello engendró el vicio de leer que con los años ha cobrado tanta intensidad en mí.

A mi jefe se le habían alborotado los cascos por una vecinita que era un primor... qué digo, una crisálida, un bombón dorado, una mariposa, una guaruta rosada. Contaría unos diez y seis años. Enseñaba unos dientecillos milagrosos al reír; tenía los cabellos castaños, lustrosos, ensortijados, y unos ojos por donde salían chorros y más chorros de luz... Cuando iba a misa, las rosas purpurinas que adornaban su cabeza, resplandecían como su linda y pequeña

boca. Un tipo bastante raro en Venezuela y Colombia, donde las mujeres son tan pálidas, tan jaladas de carne y tan desgarbadas.

Mi jefe quería conversar con ella... quería enviarle billetitos de amor; pero era difícil... la calle concurrida, gentes de pueblo pequeño y por ende curiosas y murmuradoras, alta la ventana, en casa de un solo piso, padres y hermanos celosos... vamos, que era la niña una verdadera calamidad.

Pero como para el que anda enamorado no hay "tu tía", el jefe ideó colocarme a mí -el más listo del cuartel- en calidad de auxiliar.

yo le servía a maravillas. Para el efecto tenía que permanecer largas horas de centinela. Un trabajo sutilísimo por lo hábil y por lo pícaro: engarzaba el billetito en la punta de la bayoneta, colocaba el fusil en alto sobre el hombro, y ¡zas! al pasar cerca al postigo de la chica, ella lo tomaba.

El jefe, contentísimo, me ofreció el ascenso de soldado a sargento segundo; me regalaba monedas de cobre, no hacía ronda.

La casualidad, como dice Pero Grullo, es madre de grandes y de pequeños acontecimientos. Cierta vez encontreme de manos a boca con la garrida vecinita. Reía, reía, reía ella como una locuela. Yo también. Un apretón de manos. Se le encendieron los carrillos.

—¿Cómo te llamas tú?

—Oliverio.

Volvió a reír; pero tomando después a una semivelada gravedad, frunciendo muy linda el hociquillo de rosa, me dijo que mi jefe no le gustaba. Era aquél un tío muy áspero, con aquellos bigotazos, aquella ronquera, aquellos estornudos... ¡un desastre!: las mujeres se fijan en todo.

Luego... ¡lo gordo! -me dijo, bajando los párpados como una educanda de las Ursulinas-, que, vamos (y le daba vueltas al pañuelito moaré con el índice), que ella recibía y leía los papelititos de amor, porque ¡yo no sé!, porque... vamos... ¡era yo quien se los daba!

Desde entonces envié yo, junto con los del jefe, los billetitos míos. Éramos, como hubiese dicho un celebrado cronista de mi país: "¡Ambos a tres!".

A fuer de soldado ruso, en alpargatas, fusil al hombro, era yo un perfecto *asaúra*... por lo tanto, nada peligroso para entrar a una casa de familia a recados, a buscar un botijo de agua... a cualquier cosa. Penetrar hasta la cocina en busca de lumbre; ¿quién se iba a imaginar que una señorita decente, bien-nacida, de ciertos recursos, fuese a enamorarse de un soldado? Y yo penetraba en aquella casa a todas horas. Compraba tabaco a don Salustiano; cargaba al chico de la hija casada; besuqueaba a la cocinera que solía reservarme buenas partes del cocido, y... a ratos, en momentos de oro y de plata y de rosa... pues me encontraba en pasadizos oscuros con “la niña”, y... ella me echaba los brazos al cuello y me daba besos largos, húmedos, cálidos.

Locuras, locuras, locuras.

Resolvimos marcharnos, y... una noche muy negra subí al muro del solar... y por la vieja puerta rechinante nos escapamos.

A Colombia; lejos, muy lejos fuimos a colgar nuestro nido. Pero con tan mala fortuna, que veinte días después murió ella en mis brazos, en una posada de apartado pueblo colombiano. Fue el primero e intenso dolor que experimenté en mi vida. No obstante eso, me guardé de gemir, de llorar, desde entonces recibo todo como venga, aun las más negras desventuras.

Me dirigí a los departamentos centrales de la República.



## VIII

En Bucaramanga di con unos señores conocidos de cuando yo estaba en el cuartel, los cuales fueron a Venezuela en viaje de recreo. La señora fue la primera en reconocirme, y dijo a su marido:

—Mira, José; me parece que éste fue el indiecito aquel que conocimos en San Antonio que servía en las tropas.

Me preguntaron mil cosas. Les expliqué con harta vehemencia mi odisea. Yo siempre les había parecido muy simpático. Me tomaron a su servicio y... ya estaba yo seguro por mucho tiempo. Gente rica, floja, con mucho servicio doméstico, tenía yo poco o nada que hacer...; las niñas me llamaban cariñosamente *Ché*.

Pasaba yo los mediodías leyendo a Atala y Rene de Chateaubriand; *Carmen*, de Merimée; *Marta*, y otros libros que andaban por ahí, hechos unas barajas, rodando por los seibós o los pasamanos de las escaleras.

“El Señor” era liberal de los que en Colombia y Venezuela llámense “de tuerca y tomillo”, vale decir, intransigentes. Entonces, estaba en Colombia muy exacerbado el espíritu de partido, la pasión de bandería, por la gula de los entusiasmos triunfales. Oprimido aquel país durante luengos años por una tiranía de sable y de sotana, hizo explosión un día. La rebelión se fue a los campamentos y los caudillos liberales llegaron a sumar treinta mil hombres en sus

filas. Pero no teniendo una unidad, una dirección en las operaciones fueron desbaratados en Palo Negro. El gobierno salió de la prueba más soberbio, más potente, más rencoroso que nunca. La represalia no se hizo esperar. Las autoridades imponían contribuciones, por vía de indemnización de guerra, a los jefes más significados del movimiento insurgente. Los curas hacían las de caín en iglesias y ayuntamientos. Fulminaban contra el partido dispersado, en el pulpito establecían diferencias sociales entre los feligreses amigos del gobierno y enemigos, que lo eran también en su concepto de la iglesia.

La situación se hacía insostenible, en tanto que Benjamín Herrera, con otros cabecillas, enarbolaba de nuevo en Panamá, el estandarte de la revolución. Formáronse nuevas guerrillas en las riberas del Magdalena y del Sogamoso, y el gobierno tuvo que salir otra vez a la defensa de su tiranía.

“Mi amo” y sus hermanos corrieron a tomar las armas. Yo quedé rezagado en órdenes de marchar en pos de ellos con unas bestias que debían llegar en breve.

Pero a la sazón se apareció una escolta del gobierno; había que practicar un registro en la casa de los facciosos.

Como no encontraron a los señores, me administraron a mí unos cuantos estacazos. ¡A falta de seca... bueno es Meca! ¡No pudiendo golpear al amo, golpearon al doméstico! ¡La lógica y la ética criollas son sencillamente deliciosas!

Bien. Cuando se hubo marchado la escolta fui consolado por la señora.

—No te preocupes, che, que cada planazo de esos le va a doler a ellos más que a ti.

La señora dijo aquello –indolentemente acodada sobre el barandal del balcón– con un no sé qué de rencorosa reticencia. En su linda y pequeña boca ensayó su crispadura algo así como un rabo de escorpión. Y... (un paréntesis).

La señora Ambrosía de Casal, era mujer joven y bella. Tenía los ojos azules, los cabellos rubios y las manos finas. Ejercía predominio absoluto en su marido, y sobre todo, lo que había en torno suyo. Era un poco grave, y si no me

equivoco, un poco pérfida. Cuando se enfadaba relampagueábanle las pupilas diabólicamente. Decía horrores de sus amistades, riendo nerviosa. Pegaba cuernos al cónyuge. Tenía odios en sociedad. En el ataque, era su boca un lindo nido de viboreznos.

Había en la aristocracia de la ciudad un señor casado, rico, general en jefe, a quien colgaban los deslenguados dos sambenitos: que era *astado*, y además “un poco femenino”. ¡Una dualidad maravillosa! La señora Casal odiaba a la señora del opulento estratega. Un día supo que aquella señora había hablado de ella.

—¿Si? —preguntó a guisa de comentario-. ¿Conque esa taifa habla de mí? ¡Vaya por la generala!... Yo también me sé unas cuantas cosas... el año pasado tuve aquí un cochero que... llevaba relaciones epitalámicas con ella...

Contaba alguien que la conocía un episodio galante, en lo que demostró su temperamento diabólico precozmente:

Uno de estos negrillos poetas en que tan pródigos son los pueblos del trópico, estaba enamorado de ella. Ella, rubia, delicada, con pretensiones nobiliarias, con esas pretensiones pintorescas e inverosímiles de las aristocracias criollas, despreciaba profundamente al mulatico.

Un día, aquél atreviose a enviarle unos versos cursis en perfumado papel violeta.

Me he puesto a reflexionar  
 En tu nombre, Ambrosía mía.  
 ¿Por qué en vez de ser Ambrosía,  
 No te llamas HAMBROSÍA?

Ella tomó el papelito, se fue al “retrete” se lo pasó por cierto lugar, le dejó su tachón, y... colocándolo de nuevo en el sobre, se lo envió al poeta, por el correo urbano.

De esas tenía muchas la señora Casal. Inteligente, discreta, soberbia, deslenguada y falaz; era superior a todo lo que vagaba en tomo suyo.

Yo le llamaba mucho la atención; pero como animal raro, como espécimen salvaje, como pedrusco curioso. Preguntábame cosas extrañas y sutiles de mis aventuras. Intentaba al lucero del alba. Una vez se me plantó súbitamente por delante:

—¿Verdad, che, que mi marido tiene un marcadísimo aire de imbécil?

La amenaza aquella de que los estacazos dolerían más a los soldados que a mí, fue cumplida al pie de la letra.

Yo marché la noche de aquel día al campamento. Fui el portador de una carta en donde la señora Casal relataba a su marido el asalto y allanamiento del hogar, exagerando mucho. Esto, como comprenderán mis lectores, exacerbó a “mi amo”.

Dos meses después, ¡quién lo diría! cayó prisionero en nuestras manos el oficial que fue con la escolta a registrar la casa de la señora Casal. Como fue precisamente el que me dio los estacazos, lo reconocí enseguida... siempre me arrepentiré de lo que hice, porque ese trágico recuerdo siempre me abruma la conciencia... Lo reconocí... yo creí que “mi amo” se limitaría a vejarlo a imponerle un duro escarmiento, y nada más. De modo pues, que basado en esto, lo denuncié inmediatamente... Y mi amo enfurecido lo mandó a fusilar sin más contemplaciones. Yo hubiera podido salvar la vida a aquel hombre no diciendo que era él. Pero lo hice... la fatalidad es así. Mas lo peor fue, que “mi amo”, siguiendo el hilo de la tragedia, mandó fusilar también a trescientos prisioneros más.

Fueron fusilados en masa, detrás de la iglesia de Magangué. Estos recuerdos han dejado una huella imborrable en mi memoria, porque constituyen el episodio más salvaje que he presenciado en mi vida.

Más tarde, asaltamos un sitio, no lejos de allí, llamado Bodega Galán. Este asalto, por las condiciones en que se efectuó, fue el más horroroso, el más traidor hecho de armas que puede darse.

Eran, más o menos, las doce de la noche. Una noche espesa; no se veía una estrella. El río Magdalena pasaba silenciosamente. Su ámbito estaba totalmente

velado por la tiniebla. Parecía un abismo, el vacío, la eternidad. Caminábamos por su ribera septentrional a tientas, agazapados, conteniendo el aliento, fusiles en jaque.

Las tropas del gobierno (eran, más o menos, ochocientos hombres) estaban tendidas en las calzadas, en los patios de la vecindad y en los arenales de las playas. Aquellas masas de hombres dormían. Seguramente habían hecho una jornada fatigante para llegar allí. Mi jefe mandó tres de los oficiales más animosos a matar los dos centinelas sin hacer ruido, a fin de penetrar en el campamento por sorpresa.

La operación fue hecha admirablemente. Nos lanzamos al grueso de las tropas. Llegábamos a las masas de hombres dormidos y les hacíamos las descargas. ¡Qué despertar!... o mejor dicho: ¡qué dormir!, pasaban del sueño de la vida al sueño de la muerte. La mortandad fue horripilante. No hubo brega, no hubo resistencia: lo que hubo fue una matanza de seres inocentes e indefensos.

Mi jefe, al día siguiente, relampagueándole las pupilas con fiereza, exclamaba. —¡Hemos tenido una noche magnífica!

El botín fue copiosísimo, pues el que acaso logró escapar, tomando los breñales aledaños a la loca, dejó todo su equipo y hasta su ropa.

Países dirigidos por hombres como mi jefe son la mayoría de los pueblos de la América española. Su barbarie ha llegado ya al período agudo de la vergüenza y el oprobio.

Hermano contra hermano, por la ambición y el lucro, cae el hombre sucio de sangre y de fango.



**Bien...** Pasado algún tiempo, mi jefe fue hecho prisionero y fusilado. Poco después supe que su esposa se había puesto a vivir en público concubinato con un italiano attaché de la legación en Bogotá. Con motivo de dar informes de su marido a la señora Casal, me encaminé a la capital de la República.

Ella me tomó a su servicio. Se encariñó tanto conmigo que más tarde me hizo su amante. Era insaciable. Gemía, lloraba, reía en los espasmos del placer. Cierta vez me rasgó la piel a mordiscos.

No tardó el italiano en sorprendernos, y se retiró murmurando cínicamente: “Vuelve e pasa”.

La señora Casal había quedado viuda y rica. Poco tiempo después, se metió en un comité revolucionario y me ligó a mí al enredijo.

Esto dio por resultado, que yo fuese aprehendido y encarcelado en el Panóptico. Mi reclusión ahí duró once meses. Vale decir, hasta que desapareció la última guerrilla revolucionaria, con la entrega a discreción del cabecilla Benjamín Herrera en Aguadulce (Panamá). Cuando salí de la prisión, la señora Casal andaba en relaciones con un joven apuesto oficial de Sanidad. Me retiré discretamente.

Durante mi clausura, jamás preguntó por mí. Todos los días nos sacaban a la calle a desyerbar los empedrados públicos, a lavar las graderías del Capitolio. Presenció cosas increíbles en aquella mazmorra.

En fin... puesto en libertad, dime a “ruar” por las calles y plazas bogotanas.

Es aquella una ciudad friolenta, conventual, oscura. El alma española dejó ahí monumentos imperecederos, y con aquellos, en piedra berroqueña, la pesantez de su nostalgia de patria, esta patria española tan llena de alegría de sol, de colores y de músicas.

Quería marcharme, marcharme cuanto antes; pero ni tenía un céntimo, ni sabía a dónde marcharme. Debido a circunstancias excepcionales, logré colocarme como amigo de un clérigo. Permanecí algunos meses en este oficio, y quizás hubiese estado en él muchos años, pues el empleo era algo de manga ancha: buena cena, buena y abrigada ropa, buen vino, y hasta un poco de amor, como que el ama del cura me besaba en los ojos y me hacía dormir largas horas en su cama.

Un día lo supo el clérigo y ambos fuimos puestos en la puerta de la calle.

Pero en el mismo servicio del Padre, había conocido yo otros clérigos y uno de éstos, me contrató para que le acompañase a las fiestas de la Chiquinquirá, población que dista unas cuantas leguas de la capital colombiana. Cargué el equipaje de mi nuevo amo, hasta Tunja. En aquella ciudad alquiló un carro tirado por corpulento buey negro; y de este modo continuamos el viaje en mejores condiciones. El bueno del cura, hacíame rezar el rosario por la mañana y por la tarde de cada jornada. Llegados a las inmediaciones de un caserío llamado Vera, resolvimos pasar allí la noche.

La patrona era amiga del clérigo y... le cedió su habitación. Yo quedé en el carro junto con el peón; pero a eso de la media noche, comenzó a nevar y... echando mano de esa audacia que saqué del propio vientre de mi madre, dejé al boyero dormido, y me encaminé al dormitorio de la cocinera.

Me encomendé al cielo y... ella se sorprendió muchísimo... y murmuró:

—¡Diablo! ¡diablo! cuando no ibas a ser tú... ¡Yabajero de porra!



La excelente fregona me había confundido con el carretero. Lo sensible fue que cuando se dio cuenta de su equivocación... *¡consumatum est!* ¡Eran las seis de la mañana!

Cuando el boyero viome ir hacia el carro, me preguntó que de dónde venía.

—Estaba echándole pienso al buey -repuse.

—Pero, hombre —insistió —¿y el buey está en el cuarto de Tomasa?

Riose francamente, y... partimos a poco del desayuno.

Andando, caí en Vélez, pueblo con pretensiones de urbe en el Departamento de Santander. Ahí permanecí algo menos de un año de portero en una biblioteca, donde un señor Fuentes, sabio, gramático, superfirolítico, se empeñó en enseñarme el *Telémaco* en francés. Pero yo repetía los párrafos como un lorito o como un fonógrafo.

La señora de aquel honorable y amartelado señor acudió en mi ayuda, y plantándosele por delante a su marido, exclamó malhumorada:

—Deja ese pobre muchacho quieto, Juan de Dios... harto tiene él con el diario fregado de puertas, ventanas y anaqueles, para ponerse en esas telepatías tuyas...

La señora liaba la *telepatía* con el *Telémaco* de un modo decisivo y contundente.

Cansado, hastiado de estar soportando las impertinencias al par de vejetes, me marché con viento fresco.

Busqué la ruta de Panamá. Caminé por montañas, valles, sabanas, ciudades.

Cierto tiempo después hice mi arribo al Pacífico. Me alisté en una goleta holandesa como marinero. De este buque pasé a ser contramaestre, un año más tarde en una urca en el mar de las Antillas. Entonces, conocí Trinidad, San Tomás, Curazao, Margarita, Cayena, Surinam, Guayanas, Golfo de Paria, etc.

Unas veces a tráfico legal; otras al contrabando. Me encantaba todo aquello. Me puse rollizo, fuerte, más animoso que nunca. Los patrones del buque me apretaban mucho, ¡como que no esquivaba yo el peligro!

Cierta noche, borrascosísima, haciendo la travesía de San Vicente a la Isla de la Tortuga con un cargamento de fusiles para la revolución que se hacía

al gobierno de mi país, se necesitó *aclarar* un aparejo en la propia bayoneta del trinquete. Ninguno de los tripulantes quería subir. El agua daba al muslo sobre cubierta y cada ola llevaba encima una sábana blanca.

Pero yo di una lección allegándome al vértice del mástil, y haciendo la recificación de la maniobra. Perdimos aquella noche las lanchas de desembarco, porque el huracán las sacó violentamente de donde estaban.

Hartábame de vino en las tabernas playeras, armaba camorras, iba a la prevención, tenía prestigio entre las daifas más sucias de los puertos.

Llevaba ya cuatro años lejos de mi familia; aquélla ni sospechaba mi paradero. Hablaba inglés como un bucanero; chapurreaba el patois francés. Abordo me las daba de médico: cierta vez extirpé un tumor en la nuca al Capitán, que poco faltó para que el buen viejo me dejase la cabeza en las manos.

Tenía una novia en Jamaica; otra en Surinam; otra en el Brasil. Con ésta, intenté casarme: yo estaba loco por poseerla; pero no podía sin la intervención municipal. Me hubiera casado; mas el Capitán me puso viva resistencia:

—¿Qué pretendéis tú, mamarracho?

Y con su acostumbrada aspereza hízome ver lo arriesgado que era todo aquello.

—Ten presente –concluyó– que el marino anda siempre lejos... en una de esas te crucifican en las astas de un toro, y no sabes ni cómo ni cuándo.

Las asperezas del capitán me metieron pánico.

Cuando anuncié mi retractación al padre de la pretendida (que era un portugués muy bruto), quiso ahorcarme. Mas yo saqué tan a tiempo la cuchilla marinera, que el buen hombre tuvo que contener sus ímpetus.

Algún tiempo después, fui invitado por unos gabarreros margariteños a ingresar en el tráfico de armas y municiones para la revolución que contra el presidente Castro hacía Manolo Matos.

Aquella ocasión era que ni pintada para yo regresar al terruño. Y así lo hice.

Concluido el transporte de las municiones, me alisté en las fuerzas revolucionarias; pero con tan mala fortuna que meses después era yo conducido al

castillo de San Carlos. Ahí permanecí diez y nueve meses. De lo que vi, experimenté y conocí en aquella ergástula, no quiero hacer descripción.

Cervantes, cuatro o cinco siglos antes que yo, hizo mención de lo que es una clausura. *Toda incomodidad tiene ahí su asiento.* ¿A qué, pues, agregar que esta es mala, aquella peor; esa otra abominable?

Basta con que un individuo esté privado de la libertad para que consigo estén todas las malandanzas humanas. Aun cuando sea una dorada y cómoda prisión como la que dio al Duque de Orleans la República francesa en 1890.

Quitad a un hombre fumador empedernido el tabaco; a un dipsómano el ajenjo, a un hipnótico la morfina; se acostumbrarán a las cuarentiocho horas... pero no quitéis a un hombre libre su libertad, porque no se acostumbrará nunca.

La libertad, como el amor, es sal de la vida y alma de las cosas, valga la frase admirable de Blanco-Fombona.

De suerte, pues, que yo he venido a creer, que los presidios de Venezuela, como los de Colombia, como los de todas partes son iguales. Un hombre sin su libertad, es tan desgraciado en España como en las antípodas.

En América, este o aquel mandatario o dictador, ha extremado la crueldad en las prisiones.

¡Ilusos! ¡Mil veces cándidos! Sólo han conseguido atenuar las torturas del cautiverio, pues el preso, preocupado por la agresión de sus carceleros, se olvida de que ha perdido la libertad, y se pasa las horas preocupado en defenderse, es decir, preocupado en una cosa enteramente extraña, a lo que supone la espantable soledad del que se mira aislado de los suyos, de sus afectos, de lo que en el vivir integra para él la alegría suprema.

Bien... del castillo de San Carlos pasé a Guayana.

Me dirigí a aquella región como hubiera podido dirigirme a Colombia, a las Antillas, a las Canarias. Era para mí igual el Canadá al centro de Yanquilandia... o el país de los zulúes.

El Brasil, hermoso y gris, soñador y romántico... los dátiles amarillos de la Gran Canaria... “Yo soñé que era un hondero mallorquín”, como quería Rubén Darío... el Japón fabuloso con sus murmés envueltas en el quimono de raso adornado de cayenas y crisantemos, como lo vio y lo soñó Pierre Lotti.

**M**e interné dos mil kilómetros selva adentro. Unas veces a la greña con los indígenas, otras de brazaletes con bestias salvajes, con reptiles y otras alimañas de aquellas regiones.

En un pequeño vapor fui por el curso del Orinoco hasta un sitio denominado la Uruana. De ahí continué en un junco velero.

Llevaba cargo oficial, que me habían conferido en Ciudad Bolívar.

Los primeros días de navegación fueron monótonos. Sólo interrumpían la laxitud del paisaje, de tarde en tarde, los encuentros con manadas de dantas o de rebaños de cerdos monteses. Al mirar nuestro esquife echaban selva adentro con un estridor de demonios.

Como era la estación veraniega, reinaba una calma chicha. Las noches eran, ordinariamente, serenas y claras. Encendíamos lumbre al hacer campamento en los arenales ribereños. Para ahuyentar las bestias salvajes, o bien porque los indígenas que tripulaban la nave solían ahumar la carne destinada al abastecimiento del viaje.

En esas noches, pasadas en el corazón infinito de la selva venezolana, me abstraía en la contemplación de la naturaleza que me rodeaba.

El río deslizándose mansa, calladamente; los bosques velados por una hopalanda densamente oscura; las estrellas haciendo del cielo una rara y extendida

piel de pantera, con sus trechos blanquecinos, sus penumbras de un azul nebuloso y sus chispazos de oro.

Al cabo, el sueño hacía descender mis párpados perezosamente y... sentíame bajar en un ascensor misterioso hacia el fondo de una eternidad soñada en una leyenda o en un cuento de hadas.

Las mañanas eran lindas. El sol parecía complacerse en ir desgarrando encajes amarillos y terciopelos leonados en la maraña de la selva.

El azul del cielo, de una pureza diáfana, así como de agua de torrente serrano, regaba de galanuras las riberas. ¡Qué espejo tan puro es el alma del agua en la belleza virginal!

Y en el curso del viaje, ya pampas reverberantes; colinas verdes nimblachadas de púrpura u oro pálido. Dilatados horizontes, palmares lejanos; vuelo de pájaros de esplendoroso y colorido plumaje.

Ya cerca del Apure detuve la marcha.

Iba yo empleado del gobierno de mi país y no podía pasar de la frontera colombiana.

Ahí... amé, sufrí, lloré, vi mi pellejo expuesto en mil ocasiones. ¿A qué hacer descripción de estas locas calamidades que no son otra cosa que la resultante de la loca organización social, política y administrativa de nuestras jóvenes nacionalidades?

Sólo sí he de consagrar un recuerdo a Totó... una indiecita que me quiso con toda su alma. Me acariciaba, me besaba en los ojos, me tendía como un manto sus cabellos negros sobre el pecho, me lavaba los pies, me recortaba las uñas.

—¿Sabes? —decíame— Los criollos son odiosos, pero yo te quiero mucho. No sé yo misma, no sé por qué te quiero... Mi pae no te puede ver... mi máe te odia... mis hermanos donde te ven los pies... quisieran verte la cabeza; pero yo te quiero mucho. ¿Tú no lo crees? ¿No has notado tú que cuando te me echas encima yo me vuelvo loca de placer y de fuego?... Los míos no te quieren; pero yo si te quiero ¡criollo! ¡criollo maldito! ¡criollo malo! ¡criollo maldecido mil veces! ¿quién me habrá mandado a quererte con toda mi alma?

Pero no quiso acompañarme a la hora de partir. Yo quería que se fuese conmigo, que no me abandonase. Tenerla conmigo siempre. Sus ojos negros... ¡huérfana está aún mi alma de luz de aquellos ojos!

Por nada del mundo dejaría ella el huerto que la vio nacer. Me quería mucho ¡mucho! Pero más quería a su padre y a sus hermanos, a su ribera opulenta del Arauca.

La mañana en que arribé a su bohío en son de despedida, se alejó a escape. La larga y negra melena, le flotó a la espalda como una lóbrega bandera. ¡De mí no te despidas! ¡Vete! ¡Vete! ¡No quiero saber el camino que has tomado! ¡Podría yo seguir detrás de ti... y yo no quiero ser sino de mi gente y de los míos!

Ella candorosamente había concebido la ilusión de hacerme indio como ella, de obligarme, en fin, a adoptar su civilización, los anhelos de su raza y adorar a sus penates.

¡Pobre alma mía! Dulce amor de Totó, y su boca florida y sus grandes ojos tristes y sus cabellos espesos y negros como el dolor y como la angustia.





## XI

Y... me dirigí a mi tierra natal. En el Orinoco como el buque en que viajaba tuviese que hacer escala, me vi en la forzosa circunstancia de desembarcar.

Encontré de nuevo a la portuguesita a quien me había hecho repudiar el capitán de marras.

—Aún te quiero —le dije.

—Es inútil —respondió secamente —mi padre te aborrece. Mas la razón de que me voy a casar con otro.

—¿Sí?... ¿te vas a casar con otro?... ¿Y quién es ese joven afortunado?

—Pues no es joven como tú... pero tiene alma noble, cumple su palabra, y no se burla de las personas.

—A ver, a ver quién es esa bendición del cielo.

—¡Pues... muy sencillo! El capitán Silvestre, ¿no lo recuerdas? fue tu capitán cuando navegabas en *La Gaviota*.

Reí cínicamente. A los tres años vine a comprender el por qué me combatió tanto él aquellos amores...

¡El bueno del capitán! ¡Pobre amor mío!

\*\*\*

Mas, antes de llegar a mi solar nativo me acontecieron muchas cosas; pero no las digo ahora, porque saldría mucha gente lastimada en ellas.

A los humanos no les gusta que les digan la verdad. Al menos mientras están vivos. Después de muertos lo toleran todo. De ahí que la gloria -acaso por una piedad tardía-, no llegue sino a la hora en que la losa del sepulcro cae pesadamente sobre la inmóvil osamenta.

La gloria también sabe ser discreta.

Cuando regresé al hogar ya mi madre había muerto. Mis hermanas solteras estaban casadas. Mi abuelita encorvada hasta lo inverosímil. Los cabellos blancos en torno del rostro formábanle una especie de aureola.

Era una noche de Pascua.

El patio poblado de rosales, de resedas, de berberías, y en cada ángulo un jazmín real. La brisa se venía lenta y suave de las praderas inmediatas al pueblo. Sacudía perezosamente el ramaje de los árboles que umbreaban cerca del muro. Por este motivo la luz de la luna temblaba al cernerse sobre la tierra y los dos gatos de la casa corrían y corrían cazando aquí y allá los reflejos.

Los chicos de mi hermana armaban una algarabía.

No tardó en aparecer la criadita del vecindario.

—Que le manda a decí la niña Chola que las manda a saludá... que cómo llegó Oliverio, y que lo salude en su nombre.

Respondí al punto:

—Dígale usted a Chola que llegué bien, que le doy un millón de gracias... por dos motivos muy poderosos... uno, por el recuerdo, y otro por haber mandado el recado con una chica tan linda como usted.

—¡Qué tío! —murmuraron todos, riendo.

La criadita se puso encendida como la seda del orore.

En el tinajero, ahí cerca, rimaba el agua su fúlgida y lozana canción. De los rosales del patio emergía un aroma dulce y cálida. En la pomposa cabellera de mi hermana mayor ensayaba su belleza la nieve en un rizo de cabellos canos.

Pasados algunos meses, mis cuñados trataron de iniciarme en los negocios de su comercio; pero sus esfuerzos fueron infructuosos. No soy yo hombre de negocios. La anonimía expectante y estática; la panza llena, comerse de hijos, no pensar, no soñar, no bregar... vamos, que no se adapta mi temperamento a esa gimnasia.

Yo no puedo vivir sin hacer ruido; me hace falta la movilidad, el peligro, la agresión.

La desolada provincia, con sus tortuosas calles, su terrezuela blanca, su alameda umbría, su cura gruñón y locuaz... vamos que no podía yo continuar así.

Una mañana, pues, lié mis bártulos y me fui a Caracas.

Amigos viejos de mi padre, mi propia habilidad, las pretensiones literarias que siempre albergué... andando el tiempo abandoné el empleo público y me hice periodista... rápidamente, una buena mañana, como se hacen los buñuelos.

Agredí, critiqué, eché algunos adjetivos... cuando acordé me temían.

Me creyeron un genio. Los negrillos de la parroquia trataron de morderme; pero les resultó fallido el propósito, ni me mordieron, ni les hice caso.

Como se ve, mi vida hasta los veinticinco años fue agitada, emocional, picaresca a ratos, trágica alguna vez y optimista siempre. De los veinticinco en adelante noté un cambio brusco en mi carácter, y se debió esto a las primeras rozaduras de la traición, de la ingratitud y de la vileza.

Llegué a la *hermosa edad*, como la llamaba Darío sin haber sufrido un sólo desencanto.

Era mi ideal para esta época ser literato afamado: evoqué la época de mi padre que alcanzó brillante renombre como escritor humorístico. Escribió él un libro titulado *Guasa pura*, que fue un éxito de librería; ahí donde se lee poco y a la gorra.

Entré en la carrera de las letras de molde por la puerta más concurrida y bulliciosa: el periodismo.

La libertad de imprenta obtenida por la reacción contra Castro en 1908, comenzaba a perder terreno con el encarcelamiento de varios periodistas que proclamaban la legalidad en las elecciones, para la Asamblea Nacional.

Juan Vicente Gómez, comenzaba a desoír y a apartar a los hombres de buena fe que al principio lo rodeaban. Empezaron a caer y a ser perseguidos incontinenti los hombres que habían sido impuestos por la opinión pública: primero Baptista, Carlos León, Rufino Blanco-Fombona; después Ortega Martínez,

Ayala, muchos otros... Gómez ya empezaba a seguir la misma política de persecuciones, atropellos y vejámenes de Castro.

La obra de salvar la dignidad de la nación, de ser pisoteada por la chulería bélica constituida por los oficiales y patrocinados de Gómez hubiera correspondido a esos buenos patriotas que se negó a oír.

Fueron echados de las alturas y de las cercanías del poder los hombres de mérito, de espíritu independiente, liberal y sobrevino la turba de los viles; Francisco González Guinán, elemento retardatario, de tenebrosa índole; Antonio Pimentel, mulato soez, ridículo y presuntuoso, padre de señoritos cursis y de señoritos y señoritas que hacen la delicia de los clérigos de Güigüe y Valencia; Aquiles Iturbe, de rostro y de espíritu lívidos, ladronzuelo vulgar, timorato hasta soportar que le azoten el rostro, y al mismo tiempo, tiránico en cuanto le dan una sombra de autoridad; José Rosario García, tío de Gómez, y con su misma educación e inclinaciones; Francisco Linares Alcántara, el niño mimado de Castro, el que le conseguía las más bonitas mujeres, que emprendía ahora el mismo negocio con Gómez.

El viejo mulato servil, D. Francisco González Guinán, llegó al poder. Su primera mirada de rencor y de odio, se fijó en Francisco Jiménez Arráiz, quien con los hermanos Fernando y Carlos Pumar y el Doctor Cristóbal L. Mendoza constituían el grupo periodístico desafecto a la patanocracia de Gómez.

Los Pumar y el Doctor Mendoza, dirigían *El Tiempo*; Jiménez, *La Nación*.

En esos días expidió Roma un documento que hería hondamente al clero y a la sociedad venezolana.

Jiménez se permitió comentar el hecho... como él puede hacerlo... aplicando un criterio liberal e ilustrado como hombre ilustrado y liberal que es.

González Guinán, antiguo esclavo de Guzmán Blanco y Siervo del Corazón de Jesús, envióle al día siguiente un recado: “Que al General Gómez *no le había agradado* el artículo sobre el Papa”.

¡Gómez defendiendo a Su Santidad!

Tanto Jiménez como yo (que era el cronista del diario) presentimos la tormenta que se nos venía encima: Jiménez, siendo estudiante, había pronunciado un discurso, no sé dónde, contra el tenebroso primer ministro y... ¡A los veinte años justos venía el viejo clerical y adulón desaforado esgrimiendo siniestramente el puñal de la venganza!

Efectivamente, pocas semanas después, fuimos asaltados a las doce de la noche por una cohorte de policías secretos que, revólver en mano, dieron orden de prisión a Jiménez.

Como el sujeto perseguido era éste por lo pronto fui dejado en libertad; pero con la amenaza de ser apaleado si volvía por aquellos parajes.

¡Mal empezaba mi carrera de literato!

Me salía al encuentro el odio infernal, densamente sombrío del Torquemada criollo.

Por una parte, mi compañerismo con Jiménez, por el otro, antiguos resquemores contra mi padre, quien en ocasión memorable en una nota bibliográfica lo llama historiógrafo mediocre, ciñéndose a la más pura razón; puesto que el término *mediocre* es lo menos que ya se puede decir al *forajido del Camoruco*, o el Demonio del 74, que ambos apodos le han pegado en su tierra.

Tenía yo, pues, poderosos motivos para estar aterrado.

Sin embargo, le impuse disciplina a los nervios, y busqué y obtuve otra plaza de cronista en *El Tiempo*, que ya no estaba dirigido por los Pumar, puesto que ya antes habían sido atropellados por la sacristiesca agresividad, viéndose en la forzosa de poner al frente de su empresa a don Gregorio Martínez Mendoza.

De ese modo pudieron salvar los Pumar sus intereses ya que no su derecho, que había sido vilipendiado y escarnecido. Mejor dicho, pudieron aplazar la catástrofe, que adelante, desapareció también *El Tiempo* con la aparición de *El Nuevo Diario* -dirigido por el más digno heredero en la prensa de González Guinán, el más despreciable de los venezolanos, Laureano Vallenilla Lanz- periódico incensario que con *El Universal*, de Andrés Mata, sinónimo

de sinvergüenza, comparte la abyección de aplaudir cuanto corcobo da el asno cimarrón llamado Juan Vicente Gómez.

De una vivacidad fácil y risueña para escribir (Su Majestad la modestia), pronto impuse mi superioridad sobre los compañeros de redacción.

Eran éstos: Juan Francisco Pérez Bermúdez, grafólogo eminente; Luis Campodoni, espejeante cultura, sociólogo; Emiliano Hernández, cronista temprano de modesta prosa, y... un mulatico encanijado y narigudo de nombre; Luis Alejandro Aguilar.

A excepción de éste, los citados son jóvenes de indiscutible inteligencia, que ya se van haciendo un nombre en las letras venezolanas. Pero éste ha ido más lejos que sus compañeros.

Sin talento, pero con mucha habilidad mecánica, logró abordar todas las cumbres de aquel macizo de cordillera. Tenía no pocas desventajas: la vacuidad de cerebro, la pequeñez de espíritu, el tono intensamente obscuro de la piel, la deformidad del apéndice nasal y una fealdad de rámica: todo esto lo salvó, como insignificante obstáculo, su impudencia y su ningún reparo en los medios. Desde conseguir una gatita muy linda, de piel sedosa y frágil, para que sirviese de hembra al gato de la casa del protector hasta inventar los primeros juegos florales de Venezuela; recorrieron sus dedos sarmentosos y pardos todo el cordaje de la vivaz política criolla.

Esto del gineceo gatuno fue cosa pintoresca y de mucho entretenimiento: el protector tenía en su casa un gato de Angora. Un gato precioso, grande, con las pupilas encendidas como dos ópalos: era la adoración del protector y de las niñas. Pero he aquí que el hermoso felino solía hacer aguas menores sobre los cojines de raso azul bordados de oro, sobre las mullidas otomanas forradas de terciopelo, sobre cuanto mueble delicado había en la suntuosa mansión.

Todos en la casa adoraban al *Negro* (así se llamaba el felino); pero era tan déspota... Se orinaba en los picos de oro del lucero del alba.

—Ese resabío —dijo Aguilar al jefe— se debe a que no tiene una hembrita. La orinadera de los felinos es consecuencia del rijo. Hay que buscarle una compañera.



La idea no era talentosa; pero sí una solución como cualquiera. en efecto: trajo una preciosa gatita. El felino sació sus meses de continencia y no se volvió a mear en los cojines y otomanas de peluche y raso.

—Este Aguilar —dijo el doctor frotándose las manos —tiene mucho talento. En la redacción, con tipo tan estupendo como en casa del magnate, sí supo a maravillas, captarse la estima de éste, en la Redacción de *El Tiempo* se adueñó del Director y de todos. Don Gregorio, Martínez Mendoza, solía decir:

—Este narizón, este narizón, será todo lo imbécil que ustedes quieran; pero llegará a ser ministro.

—¡Cuando no se le ha salvado ni el gato! —exclamó Carlos Pumar alborozado.

en realidad, Luis Alejandro Aguilar es el tipo auténtico de la generación híbrida surgida en América, junto con los cómicos aspavientos de las incipientes democracias que en aquel continente han dado tanto que decir a los sociólogos y a los pensadores. Estos tipos y los gérmenes del socialismo en Buenos Aires, son el producto de un amasijo étnico. La mezcla de la población ancestral -todo estupores ante la súbita y sorprendente superioridad del conquistador por medio de sus caballos y sus armas de fuego-, con la multitud de elementos extraños -españoles, franceses, italianos, rusos, ingleses, africanos-, han creado la contraposición en las tendencias. Junto con la altivez de un francés saturado de jacobismo, surge la vileza del negro acostumbrado al látigo de la servidumbre.

El blanco Arévalo González, gime en una cárcel y sus correligionarios sienten que sus anhelos de Patria grande, y sus esperanzas naufragan; Luis Alejandro Aguilar, es acogido por la sociedad, danza con las señoritas más distinguidas, y éstas no temen -como temían las mantuanas de antaño- salir pestíferas de entre los brazos nauseabundos del mulato indecente; éste es agasajado por el Gobierno que le envía en *viaje de estudio* a Europa para que sirva de hazmerreír en el café de Levante en Madrid; después de este pintoresco viaje es nombrado representante de la nación en Nueva Orleans.

Rufino Blanco-Fombona, elemento selectísimo por densa pujanza de raza, por índole, por una virtud muy arraigada de su talento de analista, y de pensador, lanza una protesta contra los sicofantes, y los tráfugas que pisotean las instituciones, y por este motivo se ve forzado a tomar el destierro después de una prisión cruelísima. No satisfecha con esto la patanocracia imperante manda dos turiferarios, a que le vilipendien y le insulten.

Pero, ¿a qué hacer la dolorosa evocación de las lacerías de la patria tanto más lejana cuanto más amada?

Intensamente expiatoria es esa evocación; pero indispensable en la sincera escritura de unas memorias que llevan en sí treinta años que pesan como treinta siglos.

Cambiamos de tono y de forma, ya que una estupenda fatalidad impone el éxodo por parajes, ya risueños, ya trágicos, ya tristes. ¡El río de la vida que va, saltando estrepitoso y bravío, rompiendo su caudal entre peñascos, o desliziándose silenciosamente por la tierra llana bajo el ala de ramajes de esmeralda tachonados de rosas!

Aguilar se insinuaba amablemente con todos. Adulaba al Director; adulaba al Redactor en jefe. Iba por tabacos a la botillería de Montalbán, cuando lo mandaba alguno de los colaboradores significados que solían acudir a la tertulia de la Redacción.

Tipo extremadamente curioso en pleno verano llevaba sobre los hombros un sobre todo grasiento y raído. Fernando Pumar le regaló un traje de medio uso, el cual, le duró dos largos años llevándolo puesto, no permitía ni que le pusieran la mano en el hombro temiendo que se lo ensuciasen.

El tenía en el periódico cierto sitio que él llamaba su sección.

Leía los canjes nacionales y extranjeros (de idioma castellano, se entiende, porque los franceses e ingleses los leía Campodoni), echaba mano a las tijeras y después de una introducción muy de él, iba ensartando recortes, empatándolos unos con otros merced a literaturas como ésta:

“Aunque se me escapan muchas cosas, debo manifestar que la actriz tal parece que va en declinación: es lo que supongo de lo que he leído en la prensa extranjera. Con tal motivo, dice un diario...”. Y pegaba el recorte.

Esta sección la llamaba él “Correo de Teatros” y con un *toupé* que Dios le conserve por muchos años la firmaba.

Algunos empleados de la Administración por pitorrearse del *cronista* llamaban aquello el *correo de los recortes*, o bien el *mosaico del correo*.

Otras veces hacía que Fernando Pumar, o el doctor Mendoza, o Campodoni (él encontraba siempre su tipo), le tradujesen fragmentos de crítica teatral publicada en periódicos franceses o alemanes, y Aguilar, sacudiendo un poco el polvo del yoísmo, los insertaba pluralizando:

“A tal respecto, *hemos* traducido esto, que de Tita Rufo dice una gran revista alemana”:

Aderezaba sueltitos de *Mundo Social* y echando mano a *La Nación*, de Buenos Aires, o al *Mercurio* de Santiago de Chile, parodiaba:

“La señora fulana de tal, ha recibido a sus amistades ayer jueves, en su opulento palacio de Altagracia.

La felicitamos”.

Un día se le *ocurrió* el asunto de un cuento. Me explicó la trama, la exposición, el desarrollo. Luego añadió:

-Oliverio, ayúdame.

Tomó él la pluma y *lo ayudé*.

Extremó sus asiduidades conmigo, de palabra, naturalmente, porque brindarme una copa no se le ocurrió jamás.

De ahí en adelante, licenció a sus otros ayudantes, y me designó con el honoroso encargo de *corregirle y pulirle* sus literaturas. Si éstas constaban de quince o veinte párrafos, correspondían a su talento tres o cuatro; más no se le ocurrió debajo de su firma colaboración del mísero *Oliverio de Cruces*.

Estuve *ayudándolo* a hacer crónicas, entrevista cuentos y versos hasta el día en que puse los pies en el vapor que había de conducirme a España.

Esta fue una de mis tristezas a la partida, me angustiaba aquello de “¿Cuándo yo esté lejos, quién ayudará a Luis Alejandro?”.

Pero mi angustia resultó injustificada. Aguilar encontró quien lo ayudara, y de manera vibrante, porque en un artículo que publicó en *La Revista de Caracas*,

colmándome de improprios, se advertía la frase pérfida e iracunda de uno de mis compañeros de redacción.

Pero imitemos a Pérez Escrich y al historiógrafo venezolano, doctor González Guinán, para echar una ojeada retrospectiva en estas memorias. Vale decir, dejemos a nuestro antiguo conocido Aguilar ganando gracia con escapulario ajeno, y alcanzando destinos por medio de la profesión de Juanita Lugo, y volvamos a nuestra actuación en *El Tiempo*.

En aquel diario permanecí poco menos de dos años. En sus columnas y en las de otras publicaciones de la capital,\* alcancé considerable Hombradía como periodista y escritor. Alcancé lauros en dos certámenes, y después de cronista parlamentario con el pseudónimo de *Diego Gabacho* alcancé la única gracia que me ha concedido el erario público de mi país: un destino en las obras públicas del Estado Falcón.

Un destinillo de cuatrocientos bolívares;\*\* en él permanecí unos cuatro meses. Este breve período de mi vida desolada y andariega ha dejado en mi espíritu una huella imborrable. Lo recordaré siempre, es acaso la ocasión en que más haya reído yo con toda el alma; lloré un poco, porque en el fondo de toda alegría hay tristeza, pero todavía, con sólo el recuerdo gozo de la intensa satisfacción que me produjo.

Por esa circunstancia le voy a consagrar un capítulo especial, y que desde luego considero el más interesante de mis memorias.

---

[\*]\_ *El Universal, El Nuevo Diario, El Cojo Ilustrado. Atenas; El Luchador, de Ciudad Bolívar*, y varios diarios extranjeros.

[\*\*]\_ Cuatrocientas pesetas.



Despachado y provisto de dinero por el Ministerio de Obras Públicas, me dirigí por la tarde a la estación del ferrocarril inglés que va de Caracas al puerto de La Guaira, donde debía embarcarme.

Era una tarde... como todas las tardes del Valle de Caracas, llena de sol, de brisa fresca, de perfume y de azul.

Llevaba el corazón oprimido: Caracas me turba como una mujer amada. En ella he sufrido mucho; pero también he gozado supremos instantes de amor y de gloria. ¡Cuánto dulce recuerdo levanta su evocación en el espíritu enternecido por el frío de extranjera tierra!

La dolorosa emoción que experimenté aquella tarde ha sido siempre que he abandonado a Caracas.

El tren arrancó trepidando, rugiendo, bufando, envuelto por una densa polvareda de la carretera inmediata y por su espeso penacho de humo.

Salvó la primera vértebra caliza de la serranía, y de nuevo apareció, ante mis ojos enturbiados, la blanca visión de la ciudad bajo la bruma de aquel atardecer glorioso.

Estóvela contemplando largo rato por el ventanillo del vagón.

Sus torres, sus plazas, sus jardines, sus burgos poblados de naranjos y palmeras, y en su eminencia de graderías, la colina de El Calvario, semivelado por la

bruma, como águila que se dispone a emprender el vuelo desde lo alto de una escarpa: el monumento de Colón.

El tren se alejaba, se alejaba; ya iba a dar la vuelta a una ladera para tomar la curva que había de ocultar la ciudad. A un lado, hacia la serranía, alcancé a ver, semivelado también por un sudario de neblinas, una necrópolis antigua llamada de los Hijos de Dios.

Es aquel un cementerio abandonado ha muchos años. Yo he ido varias veces a visitarle piadosamente.

Al dar el tren la vuelta fue el viejo cementerio la última visión de la ciudad querida, a la que yo decía: ¡Hasta luego!

Envié al cementerio un saludo agitando el pañuelo, y eso que, conmovido, musitaba los versos tristísimos del poeta español:

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

Al día siguiente embarqué en una balandra armada rumbo a las costas del Estado Falcón.

Día y medio de navegación con mar gruesa. Un viaje incómodo como una angustia. Mis perennes andanzas por todas las latitudes me han dado la ventaja de no marear y de sentirme dondequiera como en mi casa; pero iba de lo más molesto porque mis compañeros de viaje, que eran nueve, todos vomitando, y dos de ellos llorando a moco tendido.

El buque dando bandazos, con un brigote que a duras penas resistían los toques: el resto del velamen todo había sido arreado. Vime en la forzosa de tomar parte en la maniobra, pues la dotación del buque era bastante escasa; y el patrón era morfinómano, alelado, abobado, como un idiota, muchas veces dejó pasar la ocasión de virar, teniendo que hacerlo después en malísimas condiciones.

Desembarqué con mis nueve acompañantes en el puerto de La Vela, distante unas dos leguas de la capital del estado, que es la ciudad de Coro.



Yo iba con el cargo de tenedor de libros en la construcción de la carretera de Coro a Cumarebo, uniendo así por vía terrestre el Estado Falcón con el Estado Lara. El asiento de los trabajadores estaba en La Vela, y ahí debía permanecer yo con el jefe de los trabajos, que era un tal Agelvis, hombre calvo, avariento y muy bruto.

Natural de las provincias de los Andes, tenía toda la aspereza, lo burdo de las maneras y el aspecto primitivo de la generalidad de sus coterráneos.

Dos o tres meses de trato íntimo con este hombre, dieron no poco margen a mi reflexión y esparcimiento. Sin ser ni con mucho, un tipo original, puesto que, tanto su fisiología como su psicología vibraban con el ritmo de la más solemne vulgaridad, me hacía pensar unas veces, y me divertía otras hasta desencuadrarme de risa: hablaba hasta por los codos, y decía las más descomunales estupideces; aficionado a la carne tierna, se desvivía por una chicuela de once o doce años. Habitualmente reposado, tenían sus gestos y ademanes cierta burda y sórdida pesadez; pero en cuanto miraba a una chiquilla de esas a las cuales empieza a apuntar el pechito bajo el corpiño como una pumita, impresentida, ya le estaban saltando los ojos abiertos y relampagueantes de lujuria al sátiro montés. Esta especie de infanciomania era lo único que le hacía soltar el dinero; siempre andaba en tratos y combinaciones con viejas barbudas, beatas alcahuetas y demás profesoras del arte de Luis Alejandro Aguilar y de Juanita Lugo. Daba él una grande importancia a la ciencia de zurcir voluntades por haber visto con sus propios ojos que por medio de su influencia se alcanzan dignidades y consulados en los países regidos por las chulerías militares. Agelvis siempre estaba de intrigas y rencillas con el señor presidente del estado; tenía presente Agelvis el exaltado regionalismo de aquel dignatario, y su mucha antipatía por los andinos; de suerte, que vivía en constante zozobra, temiendo que una maquinación presidencial diese ni traste con su posición política.

En efecto, Jurado no se descuidaba en sus subterráneas agresiones; Agelvis se defendía con iguales armas. Algunas veces solía exclamar

—¡Estos hombres son así porque no encuentran quien los mate!

Cierta ocasión sorprendió Agelvis a un tal Juan Pineda, poniéndole un pasquín en la puerta de la calle en donde se aludía su satiriasis con las unciosas y elevadas palabras de Jesús: “Dejad que los niños vengan a mí”.

Agelvis atropelló al pasquinista, y poniéndole el cañón del revólver en las narices, lo sometió a confesión; el aterrado Pineda declaró que había hecho aquello por mandato de Jurado. Agelvis lo echó a patadas para la calle, y exclamó ensoberbecido:

—Dígale—, usted al general Jurado que a mí me gustan las muchachitas, y a él sus cuñadas...

Jurado me distinguía con su amistad: Agelvis con su confianza; tenía la tanta en mí que entre los dos nos apropiábamos de buena parte del presupuesto de la carretera, con orden de tener trescientos hombres en los trabajos sólo ocupábamos doscientos.

Hacía yo prodigios de equilibrio para sostenerme sobre el trampolín de la quisquillosidad de aquellos dos energúmenos, yo no quería disgustar ni al Presidente, ni al jefe de la carretera, puesto que cualquiera de los dos podían ponerme como camisa de alfarero llegado el caso.

Estaba yo como el coloso de Rodas. Con un pie en Roma y otro en Cartago, Con Dios y con el diablo.

De intriga en intriga, de hipérbole en hipérbole, de paradoja en paradoja, pasó el tiempo y se presentó la sonada intentona de Castro de 1913.

Hagamos una sucinta relación de los hechos. Como queda dicho, León Jurado era el Presidente del Estado Falcón; Gabriel Laclé, el comandante de armas; y Lázaro González, el jefe de las fuerzas acuarteladas en Coro. En la isla holandesa de Curazao, distante pocos kilómetros de aquella costa se hallaban asilados algunos revolucionarios venezolanos: Simón Bello, Alcántara, Leopoldo Baptista, Régulo Olivares; varios deudos de la familia de Castro; un poeta de apellido Arvelo Larriva, un pobre muchacho llamado Andrés Pérez

de la Rosa, o de la Rosa Pérez; un tal Briceño, y media docena de desgraciados más; nombrarlos sería hacer una lista interminable en la Babel de la chulería épica de Venezuela

En esto se confirma el viejo lugar común de que los venezolanos tenemos una grandísima habilidad para imitar todas las malas costumbres de los españoles y ninguna de sus virtudes; España tiene una chulería taurina, suerte de mozos crudos, de tufo y coleta, traje corto, sombrero de anchas alas, grueso garrote en la diestra, siniestra navaja oculta en la encamada faja, y una desvergüenza que aturde; es el tipo del matón español, el *guapo* que estoquea toros en la arena, acuchilla hombres en las encrucijadas oscuras, y esclaviza y mata mujeres.

En Venezuela, el guapo es de otra índole; el chulo venezolano no es torero; es militar.

La chulería española tiene sus gradaciones, maestros de alternativa, novilleros y mozos de estoques; son los *Bombas*, los *Gallos*, los *Pataterito*, los *Camicerito*, los *Bogilla* y los *Frescales*.

La chulería venezolana, también tiene sus gradaciones: son *Generales*, *Coroneles* y *Comandantes*, y son los Gómez, los Alcántara, los Rafael María Carabáño, los Simón Bello, los José Rafael Luque, los León Jurado, y... el ciento y la rumazón.

Bien, había un número considerable de esta chulería en Curazao; por sobre toda ella flotaba Simón Bello, no por ser más *guapo* que los demás; ni por más instruido, puesto que ninguno de ellos sabe leer, sino por su calidad de ser casado con una hermana de Castro; esto es muy lógico en la Venezuela actual: se va a la cumbre del poder por tres caminos: la *guapeza* estúpida y brutal; la complicidad, el proxenetismo aguilaresco; y finalmente, la bragüeta. Son los tres grandes elementos de atención.

Proyectaba el conciliábulo de Curazao lanzarse a la guerra con el objeto de derrocar a Gómez y éste, que ya iba en las postrimerías de su período constitucional, no queriendo soltar el mando, anhelaba un movimiento revolucionario que le sirviese de pretexto para ir a los campamentos, declarando

perturbado el orden y de ese modo, en caso de salir vencedor imponer por la fuerza bruta otro período.

Estaban, pues, afines gobierno y revolucionarios por una misma ambición criminal.

Para dar un golpe inicial en tierras venezolanas, Simón Bello echó manos al soborno y al cohecho, se dirigió a Lázaro González por medio de uno de sus agentes secretos en Coro: con el objeto de que aquél se amotinara con las tropas de su mando, pusiera preso a Jurado, al Comandante de armas, y a todos los empleados superiores del gobierno regional. Por este servicio le ofrecía Bello algunos miles de pesos.

“Finalmente -decía el postulante en su nota- hecho todo esto, usted se sale de Coro, se dirige a La Vela a marcha forzada, ahí me proclama usted jefe de la revolución, y en caso de que usted no quiera exponerse a los rigores de una campaña, le doy salvoconducto para que venga a residenciarse a Curazao, hasta el triunfo definitivo de la causa de Castro. Entonces, lo nombraremos a usted ministro de guerra”.

Las proposiciones, como se ve, eran tentadoras para un hombre que como González era un subalterno, desprovisto de todo sentido moral y de toda cultura.

Tomó el camino que creyó más despejado, vale decir, el de pájaro en mano.

Lázaro apeló a la felonía revelando a Jurado y al Presidente Gómez, las proposiciones de Bello.

Eran paralelamente iguales: Bello aconsejaba la traición para logro de sus fines; Lázaro contestaba con la felonía; el gabinete de Caracas se aprovechaba de ambas vilezas para pisotear las instituciones, y ordenó que la propuesta de Bello fuese aparentemente aceptada, y una vez que Bello desembarcase en la costa venezolana, se fingiese obedecer sus órdenes hasta hacerle revelar cuantos planes tuviese Castro, y después reducirle a prisión, junto con sus compañeros.

Todo salió conforme a las aspiraciones del gobierno. Lázaro avisó a Bello que podía lanzarse a la aventura.

A las seis de la mañana llegó el señor Adán Hermoso Tellería con grandes voces a mi puerta:

—¡Oliverio! ¡Oliverio!.. Heme aquí como Lagardiére, pendiente al áureo cinto la acerada tizona guerrera. ¡Vamos a Brujas y al Milanesado en la más alta ocasión que vieron los siglos! ¡Vamos a poner una pica en Flandes! ¡Sigue mi penacho blanco, Oliverio di Ferno, que Manuel Machado te va a regalar un puñal de oro, un soneto y un sombrero cañí!

Estaba olímpico el encanijado joven; le tomé el caballo de la brida mientras descendía majestuosamente. Cuando estuvimos tomando sendas tazas de humoso y aromático café tinto en mi habitación, dirigióse imperativamente a mi muchacha, una mulatica que me servía de cocinera y de corte de amor:

—¡Barbarita, líbranos un momento de tu preciosa presencia, que este, tu amado Oliverio y yo, tenemos que hablar grave, reposada y serenamente de cosas trascendentales para la Patria!

La muchacha sonrió con asentimiento y se alejó, cantando, por la espaciosa galería.

Don Evaristo, por Dios, no sea usted tan haragán.

Entonces, mi interlocutor, me dijo con cierto misterio:

—Viene para acá Simón Bello; ese canalla es andino; ¡le vamos a dar un manteo como el que le dieron a Sancho en la venta! A mí, como a ti, nos importa muy poco, o nada, las transiciones buenas o malas de esta m... que hace tiempo nos viene ensuciando; yo, lo único que sé, es que el andino, cualquiera que sea su clase o condición, es para mí el símbolo de la estupidez brutal, y lo vejaré en cuanta ocasión se presente.

Me explicó con mucha vehemencia todo el proceso, y agregó que debíamos poner sobre las armas el peonaje de la carretera, haciendo ascender su número a 400 plazas y ponemos a las órdenes de Jurado, que de allí en adelante quedaba como jefe supremo del ejército del Estado Falcón.

Dos días después se produjo el aparato de armas. Lázaro simuló la rebelión en Coro; se vino en son de guerra para el puerto de La Vela, no ya con el Presidente del Estado y el Comandante de Armas, presos, sino con ellos fraternalmente, como reunidos todos en una sola aspiración de felonía, de traición y de infamia.

Llegaron a ponerse 1.300 hombres sobre las armas; organizado militarmente el peonaje, le pusieron un jefe sacado de la pandilla de matarifes más significados de la región, uno de los cuadros más pintorescos que he visto del épico poema criollo: una soldadesca curtida por el tórrido sol de aquel Sahara tropical; pálida por la endemia incurable, medio enflaquecida por la sed y el hambre expiatoria, llevando en los ojos la tristeza inconmensurable de una gleba irredenta e irredimible; hombres de áspera y enmarañada melena; ultrajado el obscuro pellejo por la intemperie de las ropas desgarradas, sucias por la tierra colorada de los caminos.

Jinetes en flacos y tiñosos jamelgos enristrando una lanza tomada de herrumbres; *Generales* de la epopeya vernácula, terciado el chafarote en una banda de rugoso cuero crudo, sombrero de cogollo sobre los cabellos rebeldes y ceñido al cuarteado talón del pie descalzo el enmohecido acicate. Llegaban, llegaban por los distintos caminos que conducen al poblacho lánguidas y tristes las cohortes, que más parecían largos y adolescentes desfiles de naufragos o de crucificados en no sé qué tremendos Gólgotas.

En el hombro de aquellos hombres iba el máuser, no como imperiosa arma de guerra, sino con un no sé qué de cruz...

Hay un ferrocarril de Coro a La Vela, que sugiere un mundo de cosas tristes y risueñas; los rieles hállanse comidos por el orín; no los renuevan jamás porque el tráfico no da para estas reparaciones; es un solo tren con dos vagones, que se asemejan mucho a las barracas de los gitanos; una locomotora que por lo descabalada y sucia parece datar de la época en que Franklin aplicó una cuchara al pico de una cafetera rusa...

No tiene hora fija para llegar al sitio adonde se dirige, en virtud de que se detiene doce o quince veces, no en estaciones del tránsito, sino acometida de irremediables *paneaus*. A veces rinde el viaje empujada por la cuadrilla de peones. Es de lo más ameno viajar en aquel tren. Sólo tiene un coche para alojar pasajeros, y éste es la primera clase. Los viajeros de segunda se acomodan, o mejor dicho, se desacomodan en un vagón de carga hediondo a pescado, carne de cabrito salada, manteca de cerdo, pez rubia y otras materias de especial necesidad. Los muelles, rodelas, ejes y manubrios los engrasan con sebo de res derretido. De suerte, que acercarse a tal convoy es como entrar en un humilladero. Forzosamente tiene uno que llevar el pañuelo a las narices.

En el momento de los sucesos y tráfaos había un buen número de familias corianas veraneando en La Vela.

Lindas muchachas de la dorada sociedad capitalina ponían su nota jovial en la agreste monotonía de aquel poblacho gris; solíamos bailar de cuando en cuando. Salvador Carvallo Arvelo deleitaba nuestros oídos recitándonos trozos de sus bibliomanías líricas, todas ellas consagradas a una hija de Agar, bella y cercana, que no podía verlo ni pintado. Y con razón, Carvallo es un excelente poeta; hállase dotado de un talento auténtico y una exquisita sensibilidad; su musa es sugerente, fresca, llena de luz y de perfume; pero es feo como un zelandés bebiéndose un vaso de aceite de bacalao y se emborracha como un odre.

A las mujeres, y especialmente a las de raza judía, no les gusta el hombre borracho. Ruth (que así se llama la heroína del bíblico poema carvallano), amaba los versos, pero repudiaba un poco el espíritu que los producía.

A esto agréguese para desventura del insigne poeta camoruquense, que el padre de la Débora, siempre estaba con el judío revuelto. De este modo, el pez que abrió los ojos al mísero Tobías se hizo esperar...

Como antes, dije, al organizarse militarmente el peonaje de la carretera le nombraron un jefe; esta oportunidad vino de perlas a Jurado para dar sendos puntapiés por donde les termina la espina dorsal a dos andinos que le tenían irritadísimo, estos son, Agelvis y el Administrador de la Aduana.

A mí “por lástima al joven poeta”, me excluyó de las patadas, y me incorporó a su Estado Mayor en calidad de ayudante con el grado de coronel.

Debiose esta especialísima mención a que Jurado se da ínfulas de civilizado, y le agrada que le digan inteligente: es el muchacho más bruto que he conocido. Amoral como un turco libidinoso. Capaz de pegarle un par de cuernos al lucero del alba.

Besuquea y apurruña a las hermanas de su mujer con beneplácito de sus hermanos políticos. En cuanto ve por ahí a un pobre hombre casado con una mujer hermosa, ya está él ahí con los manoteos, la agresividad y... las de Caín. A propósito de esto dice unos disparates que lo dejan a uno aterrado.

Alto, de bigotes castaños, de mirada viva y negra, joven de algo más de treinta, es un manojito de nervios este ejemplar típico de chulería criolla: sueña con llegar a ser uno de esos generales que reflejaban los novelones de antaño en un enredijo de lugares comunes, vale decir, dirigiendo una batalla campal, montado en un caballo blanco encabritándose, agitadas las nadiusas crines por una brisa saturada de humo de pólvora, empuñando, tinto en sangre, el toledano acero.

Oírle a Jurado la relación de esto, que él llama su *idial*, es de orinarse de risa.

De este modo nos resulta el Héroe de Cumarebo un tipo, aunque funambulésco, extraordinariamente divertido.



Una vez hizo unos versos que... me río yo de la poesía *indiológica*, de la poesía épica y de la poesía epidémica.

Adán Hermoso Tellería y Cayama Martínez, con más de espíritu de cortesanos y aduladores que de espíritu crítico, afirmaron que aquellos versos valían un Potosí. César Capriles, puso aquella vez la nota de Petronio y en lugar de decirle al energúmeno “mata; pero no hagas versos”, corrigió un poco la plana descomponiendo el calificativo: “Esos versos valen un Pote... sf”.

Y en verdad que tenían de pote y hasta de patuco.

Bien; partiendo las diferencias, he de agregar que “declarado el estado de guerra en todo el país”, estábamos nosotros *en campaña*.

Gozábamos hasta más no poder, comíamos pescado fresco, excelente pan de harina roseado con café aromoso y rico. Bebíamos mucho Whisky, Ginebra holandesa, Brandy, Marie Brisard y fumábamos el mejor tabaco.

Un hotel que hay en aquel pequeño puerto, nos ofrecía regalado y amplio alojamiento.

Salíamos —*los jóvenes coroneles del Estado Mayor*—, todas las tardes a caballo. Pasábamos conquistadores y galanes, por enfrente de las ventanas florecidas de lindas muchachas. Ya nuestro paso en las prevenciones de los varios cuarteles donde improvisadamente se alojaban las tropas, nos hacían los honores mandando el *tercien armas*... ¡*jau!*! llevábamos la mano ceremoniosamente al ala del amplio sombrero jipi y correspondíamos, al honor militar tributado a nuestro paso.

Aquellos honores nos hacían estremecer de orgullo. Nos sentíamos valientes y coroneles de veras.

Lo sensible es que, ni Pacheco Rojas, ni Cayama, ni Capriles, ni Chuchú Rojas, ni el sordo Calcaño habían oído jamás el silbido de una bala. Jamás habían tomado un fusil en su mano aquellos flamantes coroneles (Cayama llevaba y lleva el título de *General*).

No lo digo por alarde; pero en realidad, el único que había andado en funciones de armas era yo... y en rigor se comprenderá que no pude ser ni siquiera capitán, habiendo militado como simple soldado siempre,

Jurado, alojábase en una casa particular... Vale decir, en casa de su amigo; un amigo, como se verá en seguida, demasiado complaciente con sus huéspedes.

Casado este buen señor con una de las mujeres más hermosas de la región, o tenía en ella una fe inquebrantable o una confianza excesiva en Jurado.

Jurado y ella, se acostaban en una amplia hamaca (vestidos, naturalmente, y de día), y cerca de ellos, vis a vis, el marido. De ese modo, charlaban cómodamente los tres.

Jamás oí (¡no calumniéis!) palabra o gesto que pudiese dar lugar a sospechas pecaminosas; ni un manoteo; ni un beso; adoptaban una postura perfectamente discreta.

Sea lo que fuere, en materia de hermenéutica marital, nada podríamos achacarle a la dignidad doméstica; se acostaban en la hamaca a conversar, y nada más que conversar; uno, con la cabeza para allá, y otro con los pies para acá, en posición contraria; pero por más natural y honesto que parezca tal posición... delante del marido... ¡hombre, hombre, hombre!

Lo dicho, el buen señor me ha parecido siempre demasiado bondadoso y complaciente con sus huéspedes; ella, demasiado cariñosa con los amigos de su marido, y Jurado, afortunadísimo en la amistad y en el hospedaje.

Los tres, en conjunto, divertidísimos. ¡Ambos a tres, como diría Lino Suty!

Estábamos, pues, esperando a Simón Bello en la actitud más amable del mundo.

Recibió Lazarito (Lázaro González, a quien llamábamos así extramilitarmente), recibió Lazarito (repetámoslo para no desentonar la armonía del párrafo), recibió Lazarito un cablegrama de don Simón, en donde se le anunciaba su próximo arribo. Esto ocasionó nuevas previsiones; mandó Jurado a imprimir divisas blancas para la soldadesca, con el mote de ¡Viva Castro!, a fin de que Bello, al verlos, no tuviese la más ligera sospecha del lazo que se le tendía.

Las tropas, encantadas. Las tropas estaban representando una comedia. Las tropas creían en rigor que era cierto que el gobierno del Estado Falcón se había

levantado en armas contra Gómez, pronunciándose por Castro. Estaban las tropas, pues, engañadas. Simón Bello iba a ser engañado por cohortes, engañadas también: burla burlando.

Era peligroso jugar así con el fuego de fusilería de 1.500 hombres. Jurado y Lázaro ejecutaron así un plan porque conocían muy a fondo el estado de tenebrosa ignorancia, de dolorosa inconciencia de sordidez y de servilismo en que se encontraban aquellos pueblos; son masas salvajizadas por las guerras civiles, y luego esclavizadas por las tiranías que aquéllos producen.

El día que –preso y vilipendiado el Sancho pancesco Bello– les dijeron a los mil quinientos soldados armados y amunicionados, que todo había sido una canallada vil y una burda farsa para pescar los revolucionarios de Curazao y tener pretexto para que Gómez continuara en la Presidencia. El día que les quitaron la divisa blanca con letrero ¡viva Castro!, o mejor dicho, el día que les quitaron de los ojos aquella venda, se quedaron tan tranquilos,

Les dijeron que iban contra Gómez y fueron contra Gómez armados, no de punta en blanco, que nada de blanco tienen aquellas cohortes desarrapadas y sucias, pero sí empuñando enmohecidas lanzas y herrumbrosos máuseres. Luego les declararon que tenían que continuar bajo la alpargata de Gómez y volvieron a Gómez.

Ni un grito de indignación, ni una protesta, ni una queja; ni siquiera a escondidas, por allá, en algún rincón, un gruñido de descontento, un refunfuño reclamando el respeto que se debe a los hombres, aun cuando sean analfabetos, parias, ilotas, inconscientes, e imbéciles.

Bien. Los primeros que arribaron al puerto fueron Andrés Pérez de la Rosa, el tal Briceño cuyo nombre de pila ni recuerdo, ni hace falta recordar; el poeta Arvelo Larriva; uno que llamaban el *Catire* y... cinco desventurados más.

El Presidente del Estado y el Comandante de Armas se ocultaron. Salió a recibirlos Lazarito. Cruzó con ellos un apretón de manos, igual al beso de Judas. Ellos le manifestaron que el *General* Bello llegaría al día siguiente.

Había, pues, un resto de desconfianza en el andino. Los mandó adelante a *ver*.

Lazarito los condujo primero a la Aduana: ahí conversaron largamente de todo, incluso de imponer un empréstito al comercio de las plazas de Coro y La Vela por 8.000 pesos para *empezar* los gastos de la Empresa.

De la Aduana llevó Lazarito... lazarillo de ciegos que iban caminando sobre cajas de dinamita sin darse cuenta, los condujo Lazarito al Hotel.

Ahí nos reunimos todos en la mesa almorzando, menos Jurado y Laclé, que, como antes he dicho, estaban ocultos. A este respecto dijo Lazarito que los tenía presos en la cárcel pública de Coro. Y que nosotros todos habíamos pronunciado por la revolución que iba a acaudillar el *General* Bello.

Estaban todos risueños. Sólo yo sentía un dolor muy hondo. Una angustia irresistible que me clavaba sus garras en el alma.

Yo era amigo íntimo de Arvelo Larriva. El atentado de que iba a ser víctima me dolía como una mordedura de sierpe, envenenándome la sangre. Tuve un impulso de ponerme al lado de los recién venidos, y hacer causa común con ellos aunque causara mi desgracia, pero reflexioné que me iba a sacrificar también por sus compañeros, aquellos odiosos y repugnantes andinos vejadores de mi Patria, a quienes quisiera ver colgados.

Los diez y ocho años de pillaje, de escarnio, de envilecimiento, que pesan sobre mi patria bajo el salvaje despotismo andino, pesaron más en el platillo colocado contra Arvelo. Por este odio profundo contribuí a aprisionar a Arvelo, el noble poeta, el querido amigo, el mártir de un destino aciago.

Acababa de salir de la cárcel, después de cumplir a medias una pena de doce años de presidio a que lo habían condenado los tribunales del Estado Bolívar por haber destruido una existencia ajena. ¡Y ahora iba a ingresar de nuevo en una mazmorra por amor y el decoro de su país!

Me refocilaba de saber el susto que se iban a llevar sus compañeros; me entristecía hondamente la suerte que él iba a correr.

De haber podido le habría puesto al tanto de lo que se tramaba aconsejándole la fuga o la ocultación. Pero no me fue posible; al levantamos de la mesa, apareció Jurado con una escolta y les dio la voz de darse presos.

Briceño trató de arrancar el fusil de las manos a un soldado, y el Presidente le dio un sablazo por un brazo.

Otro de ellos intentó desarmarme, pero el hermano de Jurado lo contuvo agarrándolo de los brazos por detrás.

Afortunadamente logramos aprisionarlos a todos sin tener que derramar más sangre que la de Briceño.

Todo esto se efectuó en el amplio patio del Hotel.



Si dolorosa fue la prisión de aquellos hombres que, después de todo, tuvieron un gesto de arrogancia a la hora del trance, cómica, extraordinariamente risible fue la de Simón Bello.

¡Qué grotesco es ese pobre hombre!

La mañana estaba clara y sonora. Había mucho bullicio y actividad de pescadores en la playa; mucho viento; mucho alboroto de alas blancas en el aire y de alas blancas en la onda. Alegría de espumas y plumajes, de nevadas velas, de banderas blancas; y la tristeza risueña del manteo que íbamos a dar a Bello.

Había orden en todos los puertos de la República de no despachar embarcaciones para los puertos del Estado Falcón.

Y de este modo, la nave que apareciera en el horizonte no podía ser otra que la de Bello, y más si venía por el lado de Curazao,

Efectivamente, a los once y media de la mañana apareció en la lejanía el deseado buque.

Fue esperado con ansia. Como reinaba buena brisa, en pocos minutos se puso a codera de muelle.

El primero en saltar fue el general Bello.

Imagináos un hombrecito como de cincuenta años, obeso, de una vulgarísima obesidad; estatura bajita, afeitado el bigote, cortado el pelo al rape, con blusa y pantalón amarillo... y tratando de asumir una actitud marcial.

Resultaba un tipo tan gracioso con aquella arrogancia, como el *General* Manuel Antonio Matos haciendo *posse* de diplomático o de brumel. Es tan risible la barriguilla de Sancho Simón Bello como la melena aceitosa y la teatralidad del canciller Nínon, como lo llama Vargas Vila.

A ambos lados del muelle formaban dos filas de soldados, que al pasar Bello seguido de su espaldero y de su ordenanza presentaron armas.

Lázaro me ordenó darle un viva. Él no quiso hacerlo porque aquella mañana había amanecido con una ronquera porfiada a causa de un catarro terrible.

—¡¡Viva el General Simón Bello!! -grité con toda la fuerza de mis pulmones.

Los soldados, corearon el ¡hurra!

Bello, me dirigió una mirada acariciadora y preguntó a Lazarito:

—¿Quién es este joven?

Lázaro le dijo mi nombre y mi título. Entonces, él a su vez, correspondió galantemente, e inflándose gritó:

—¡Viva el coronel Oliverio!

—¡Viváá! -gritaron los soldados.

Avanzó majestuosamente hacia el edificio de la Aduana.

Rosadas las mejillas, saltándole los ojos pequeños y vivaraces, echado hacia atrás como un gallito camagüey, estaba olímpico, En el goce que reflejaba aquel hombre en el rostro se columbraban la estupidez franca y bondadosa, y la comicidad de que se halla revestido el regocijo en las almas vulgares e incultas.

El regocijo del espíritu elevado tiene algo de suave, de leve, de sobriedad decorosa; el regocijo del patán o es supremamente ridículo, o se desborda en la carcajada bestial.

Gargantúa y Vitiello, regocijados, debieron ser exactos a Simón Bello y Juan Vicente Gómez.



Aquel hombre, no iba hacia la Aduana de la Vela de Coro: iba hacia jauja, hacia la corte de las Maravillas; avanzaba no por enmaderado muelle, sino por la polvareda diamantina que marcaba la vía láctea en el misterio azul del infinito.

¡Sancho el iluso!

Por un pequeño descuido en la confección del plan, se nos olvidó quitar el retrato del Presidente Gómez del sitio que ocupaba en aquel edificio.

Bello, se fijó al momento en él.

—¿Y todavía tienen aquí a este bárbaro?

Nos apresuramos a decirle que no habíamos caído en cuenta de ello, ocupados en los aprestos militares.

Mandó bajar el retrato y colocándolo en el suelo, pateó sobre él haciéndolo añicos. Luego, acabólo con las manos.

Con este solo detalle podría darse una idea exacta de la razón moral de aquel pobre diablo; pero hizo después tantas y tan horripilantes piruetas que no puedo resistir el deseo de referirlas, como que ellas van enmarañadas en aquellos que son sucesos de mi vida y que me sentiría deshonrado si no apareciesen en estas memorias.

Resolvió alojarse en el edificio de la Aduana y al efecto, ordenó que le trajesen dos camas: una para él, y otra, para su Ayudante de campo.

Su ordenanza, podía dormir en el suelo pelado.

Luego mandó a desembarcar su equipaje, que consistía en varias maletas, una montera choconana, y...

- 50 *sacos de harina de trigo,*
- 70 *cajas de Whisky.*
- 50 *cajas de Brandy Marie Brisaná.*
- 25 *líos de cebolla.*
- 30 *huacales de manteca.*
- 60 *cestones de champagne.*
- 45 *cajas de leche condensada.*

*100 barriles de cigarrillos "La Legitimidad".*

430

¡Cuatrocientos treinta bultos de desembarco... guerrero!

Ni siquiera se le ocurrió traer consigo una caja de gasa desinfectada para vendar heridos.

¡Un General con semejante cargamento!

Y la razón es obvia: los andinos mezclan a menudo o mejor dicho, siempre, a Mercurio en las cosas de Marte. Gente atrabiliaria, sórdida, bestial, nada respeta, todo lo atropella en el huracán de sus bajas pasiones.

El patán Juan Vicente coloca a sus hijos, sus yernos en las butacas del Congreso; sus cuñados en las Gobernaciones, en las Presidencias de los Estados. Y entonces es la bragueta la más alta credencial del ciudadano para llegar a los más importantes puestos. De este modo aparecen los destinos de una nación colocados entre las piernas de unas cuantas mujeres, y el decoro ciudadano, el derecho, las instituciones a la merced del primer zascandil que se presente con un pantalón muy ceñido para hacer resaltar el bulto que atrae la mirada de la hembra.

Así, de análisis en análisis, se llega a la conclusión de que el vigor, la potencia de los que dirigen un gobierno deben residir, no en el cerebro y en el espíritu, sino en los órganos genitales.

Bien... el General Bello, traídas las camas, se tendió, después de un pantagruélico almuerzo, a dormir como un cerdo. Se estuvo roncando dos horas largas el flamante caudillo.

Se levantó, alzó los brazos y bostezó perezosamente. Se hizo poner con el ordenanza unas chinelas de peluche, bordadas churriguerescamente con seda purpurina, lentejuelas de plata e hilo de oro.

Se asomó al balcón, miró a la lejanía del mar, reflexionó un poco.

¿Qué ideas suscitaría el abismo azul en la mente del estratega?

Llamó a Lazarito. Nos regocijamos con aquella llamada: íbamos a conocer el pensamiento suscitado con motivo de la contemplación.

Y el chasco. Se le ocurrió enviar de nuevo el buque en que arribó a Curazao en busca de nuevo cargamento de mercancías. Sin duda alguna, las operaciones militares iban a marchar de brazaletes con las operaciones comerciales.

Después se le ocurrió la idea de Pérez de la Rosa: imponer un empréstito forzoso al comercio de Coro y La Vela por diez mil pesos.

Envió una comunicación a las autoridades de Paraguaná para que le enviaran quince mil chivos para abastecimiento del ejército; nombró a Hernán Rodé jefe de operaciones del distrito de Cumarebo con orden de mandar de allá ciento cincuenta muías de las yeguas de Capadare. Me nombró a mí jefe de retaguardia; a Adán Hermoso, comisario de Guerra; a Chuchu Rojas, aposentador y proveedor general; a Lazarito, jefe de la primera división. Finalmente mandó a desfilarse todo el ejército por delante del balcón para examinarlo.

Este *examen* fue ni más ni menos como el que hizo Caseno de los huevos de gallina.

El edificio de la Aduana de La Vela hállase casi aislado estando unido por el Sur a una pequeña barriada que sale del pueblo y va hasta la orilla del mar. Por el fondo tiene un espacio de terreno despoblado.

En el centro de la fachada lleva la puerta bastante amplia que mira al muelle, y al fondo, un portón por donde entran los vehículos de transporte, de suerte que se puede entrar por la puerta de la fachada y salir por la del fondo.

A Jurado cuando a su escondite fuimos a comunicarle lo del *examen* se le ocurrió una idea peregrina y singular como todas suyas: la de hacer que las tropas entrasen por la puerta del fondo y saliesen por la de la fachada y avanzando hacia la playa torciesen hacia el Norte del Edificio y volviendo a entrar por donde habían entrado antes volviendo a salir por la susodicha puerta que da a la calle.

De ese modo el desfile podía durar toda la tarde, y con sólo mil hombres en movimiento, convertidos en un extenso anillo de dos en fondo, podíamos hacerle creer a Bello que eran seis u ocho mil.

De ese modo se entusiasmaría mucho el *General*, y quien quita que soltase las revelaciones que se deseaban, de dónde se encontraba Castro, por dónde

iba a desembarcar e invadir el territorio venezolano, si era cierto que tenía a su servicio un poderoso navío de guerra, quiénes estaban comprometidos con la revolución, dónde tenían armas y municiones; en guerra, todo lo inherente a los movimientos de insurrección, pues en el tiempo que llevaba entre nosotros no había dicho nada de provecho.

Esto desazonaba tanto a Jurado como al gobierno de Caracas que no cesaba de preguntar por cable, por teléfono.

En efecto, Bello quedó extasiado de su *examen*.

—Con ese ejercitazo -exclamaba ahuecando la voz-, tomo yo las plazas fuertes de Venezuela en veinte días.

Tomaba sí, tomaba esto y lo otro. Si llegaba Castro al poder, se acomodaba él en un alto puesto, se enriquecía. Navegaba él hacia Jauja en un lago de sangre de pobres negros y de infortunados mulatos, que son los que en esas revueltas toman el fusil que va sobre sus hombros, repitémoslo, con un no sé qué de cruz...

Y permítaseme un ligero-comentario a guisa de insinuación; o mejor dicho, permítaseme repetir lo que ya han indicado Blanco-Fombona, Pío Gil, y otros notables publicistas; el pueblo venezolano negándose a secundar a los *chulos* del chafarote en sus intentonas comienza a tener cordura: ha comprendido que con ese derramamiento de sangre de negritos y *mulatoïdes*, como los llama Paz García, no se impide el ascenso de los tiranos sino que antes bien se estimula; pero con esa actitud no se llega al fin propuesto, porque él lleva en sí una atonía criminal, una indolencia delincuente para con la patria.

Es necesario

#### MATAR A LOS TIRANOS

que, como apunta Pío Gil, en un panfleto vibrante y cruento como todos los suyos, generalmente se fugan por el puerto de La Guaira al verse vencidos, después de haber hecho derramar mares de sangre.

MATAR AL TIRANO por medio de un puñal, del revólver, del veneno, de la bomba colocada debajo del automóvil, o en la tijera del catre, o en el colchón

de plumas. Para librar a la Patria de esos sátrapas está perdonado todo. La impunidad de un delito de estos está conseguida de antemano por la gratitud nacional.

El que matara a Gómez alcanzaría junto con todos sus descendientes las bendiciones del pueblo redimido.

Matar a los canallas, a los déspotas, a los infames que abofetean en pleno rostro a la madre común que es la Patria es obra santa: es obra sublime.

Bien... Simón estuvo muy locuaz toda la tarde. Por la noche insinuó a Adán Hermoso Tellería que le hiciese conseguir *una muchachita*.

Adán, se puso rojo de cólera, jamás en su vida de cortesano, adulón político y equilibrista le habían hecho una proposición semejante. Pero no le quedó más recurso que llamar a una de las viejas barbullas de Agelvis y aquella trajo enseguida al *General Bello una muy hermosa doncella para su regalado gusto*, como cita Lafuente que agasajaron no sé dónde al Emperador Carlos V.

Mas el postulado de Bello, era muy natural: acostumbrado a ese manejo cuando la época cipriana, creíase ya como cuando fue Presidente del Estado Aragua, donde Alcantarita había introducido el fácil sistema de agasajar al amo, moda que tuvo no pocos corifeos, entre los que descollaron en primera línea el doctor Muñoz Rueda, un tal Montesinos, cierto negrito sinvergüenza, tan negrito y tan desvergonzado como Luis Gedeón Aguilar: Antonio José Prada.

Bello, como dejo dicho, habló esa noche hasta por los codos. Se refociló lindamente con la primorosa.

Pasó todo el día siguiente dictando a Hermoso Tellería, palabreros y altisonantes telegramas, notas de rimbombancia perogrullesca, con una literatura de conserjería y un criterio aguilaresco.

Estas notas y aquellos telegramas iban a parar a manos de Jurado: los telegramas eran llevados a la estación telegráfica, y ahí el taimado del telegrafista los *contestaba* lindamente copiando los borradores que le dábamos. Las notas las hacíamos en la secretaría del Grande Estado Mayor del Ejército.

Bello, se alborozaba con aquellas *contestaciones* en donde se le hacían extremadas adhesiones, reconocimientos, sumisiones, y exaltadas adulancias.

Mas, no decía J de lo que se deseaba. Mañosamente le hacíamos sutiles, penetrantes y veladas preguntitas pero el tal parecía tener orden expresa de no decir nada referente al plan.

Ocurrió a Jurado una idea civilizada. Acaso la única que se le ha ocurrido en toda su vida, porque como queda dicho, Jurado es un muchacho impulsivo y bruto hasta más allá de lo concebible. El entusiasmo se le desborda por la red de los vibrantes y corajosos nervios y va creciendo su entusiasmo hasta el ápice; pero es un entusiasmo bestial; el entusiasmo de los burros yegüeros; la impetuosidad del macho cabrío.

Se le ocurrió una idea *civilizada*, esto es, hacerle una manifestación popular. El pueblo veleño en tomo del ilustre caudillo, haciéndole una como aureola brillante de su adoración patriótica.

A las cinco de la mañana tocó (personalmente) a mi puerta.

Yo dormía en el zaguán del boticario, que era Jorge Chapmann.

—Necesito —me ordenó el jefe— que usted pronuncie un discurso hoy.

—Muy bien —le contesté —siempre que se trate de discursos, crónicas, cuentos, ahí estoy yo.

Eso es que con dulce tristeza, el recuerdo venerando de mi padre en su *guasa pura*, cuando relata sus andanzas, en que estando frente a frente de otro bárbaro como Jurado, Don Rafael Carabaño, a quien él llamaba Don Este.

“Si Usía necesita discursos, yo puedo hacerlos, y hasta pronunciarlos donde no me oiga ni un policía... soy hombre que empuerca la ropa a la vista de una escopeta”.

¡Los bárbaros! ¡La patanocracia! ¡Cuánta tristeza el corazón devora!

Me presenté seguido de tres o cuatrocientos energúmenos dependientes, domésticos, peones, chiveros, cte.

Le pronuncié un discurso de corte maratiano.

El agasajado contestó como Alfaro, y como Gómez:

—¡Estoy emocionado: no puedo hablar!

Contestó por él Hermoso Tellería. A la hora en que escribo estas memorias siento en el alma no tener a la vista la hoja suelta en que andan ambos discursos impresos. Es un dato precioso para la Historia. ¡Que lo busquen los investigadores del porvenir!

Nos bebimos ese día once botellas de Whisky, y otras tantas de Brandy y Ginebra.

Se gastó media arroba de pólvora en fuegos artificiales. Pero Bello, borracho y todo, no dijo ni palabra del plan. No valieron las sugerencias del entusiasmo.

Hubo, pues, que reducirlo a prisión. Si cómica hasta más no poder fue su actuación durante la Barataría, más cómica fue su prisión.

—General —invitólo Lazarito —vamos por ahí mismo, para que usted vea unas muchachas recién llegadas.

Los ojillos del viejo sátiro bailaron lasciva y picarescamente. Siguió al Lazarillo. Avanzaba majestuosamente, épicamente echado hacia atrás. Al pasar frente al portón del hotel veleño, convertido en cuartel y en prisión de sus compañeros y mártires; Lázaro se le atravesó dulcemente y lo invitó a entrar un instante.

Bello se encontró de repente ante todos sus compañeros a quienes creía abriendo operaciones, *en el interior*; y de quienes había recibido notas, telegramas, cte. Jurado apareció también.

El estupor de Bello fue grande, al caerle la venda de los ojos del espíritu. Se le ocurrió un gesto de arrogancia, aparecer sereno, hacer su voz tonante, iracunda, vibrante de coraje; pero los nervios no le permitieron aquel lujo.

La voz tonante sí, pero más pálido que una tumba blanqueada. Un temblor pavoroso le recorría todo el cuerpo.

Tartamudeó y se dejó caer abatido sobre una butaca. Tuvo Epifanía, la dueña del hotel que administrarle unas cuantas gotas de valeriana en medio vaso de agua.

El ridículo más intenso. El pobre Pérez de la Rosa sonreía; Arvelo Larriva, lo miraba con cierta compasión: al través de sus claros espejuelos mariposeaban pérfidamente sus empañados ojos de miope y de hombre de gran talento.

Espectáculo cómicamente original de aquella gesta épica disuelta en una ola de valeriana:

—¡Ya sé que me van a matar! —exclamó Bello, presa de un pánico macerante —pero yo sabía esto. Lo mismo me da morir en un campo de batalla que en un hato de chivos corianos.

Su voz tonaba y su cuerpo temblaba.

—No, General —respondióle Jurado —usted no morirá. Nosotros, los de esta tierra, no matamos prisioneros como los andinos, que asesinaron al General Antonio Paredes en el Apostadero de Barrancas.

Bello, pálido de miedo que estaba, se puso rojo de vergüenza.

Quiso extremar la farsa.

—Sí, no me lo niegues, Jurado; me van a fusilar: quiero hacer mi testamento.

No hubo más remedio que complacerle. Jesús Pacheco Rojas, pluma en ristre, sirvió de flamante notario.

El anillo de oro que llevaba en el dedo anular, los gemelos, una cadena de oro y una medallita que lleva al cuello, el reloj y la leontina... cada cosa la legó a un pariente distinto.

De repente comenzó a desnudarse el busto. Quitose la blusa, la camisa, la camiseta. Quedó en cueros; ¿estaba loco?

No estaba cuerdo. Sobre la piel, bien ceñida a la cintura, llevaba una faja de piel de Rusia con 500 libras esterlinas. ¡El General no se creía seguro ni entre sus subalternos!

Después de apuntar esto se acordó de la cartera. Sacó de ésta febrilmente unos escapularios, que besó con unción religiosa; pero al sacarlos no se fijó en otro adminículo que salió junto con ellos. Jurado, sonriendo, echó mano al aparatito, y le preguntó:



—¿Y esto, a quién se lo deja, General?

Era un condón inglés...

Lo dicho: los andinos gustan de mezclar todo. Mercurio con Marte; la entrepierna con la política; ahora por mal de unos escapularios y una goma higiénica aparecían reunidos y fraternizados los santos de la iglesia y el demonio de la lujuria.

De ahí, pasó el ejército triunfalmente a Cumarebo.

Los oficiales de la cañonera *Mariscal Sucre*, y nosotros, los del *Grande Estado Mayor del Ejército*, estuvimos seis días bailando en Cumarebo.

¡Qué muchachitas tan lindas!

Aún van en el cofre del recuerdo, guardado en el fondo oscuro de este pobre y lacerado corazón mío, las piedras preciosas de las ilusiones. Los bellos ojos verdes de Josefina Higuera como dos esmeraldas lucidoras; los rasgados ojos negros de Luisa Amelia, como lóbregas perlas negras; Carmen con la seda milagrosa de sus rizos; las manos de reina de Graciela; y el suspiro aquel de la que fue novia doce horas y recordada por toda la vida.

¡Pobre y dolido y ansioso corazón mío! ¿hasta cuándo se prolongará tu soledad?

¿Cuál será la última y afónica rima en el saudoso poema de tanto anhelo que muere antes de nacer abrumada por la esperanza náufraga?



---

Veinte días después partía yo hacia Caracas en añosa y tardía carabela.

¿A qué relatar lo vulgarísimo de la vida del político y de la litera del empinado Ávila?

Permanecí unos meses con mis hermanos y mi abuelita en la cálida y olorosa tierra del camino real.

Visité un día la pequeña necrópolis de Villa de Cura; ahí reposan las cenizas de mis padres.

Están los dos en una misma fosa. Sentían mis ojos secos la nostalgia del llanto, ¡Cuánto tiempo sin llorar!

Y permanecí sentado sobre aquella losa de mis amores, de los divinos amores de mi alma, hasta que el crepúsculo enflécó el occidente con sus sedas purpuradas. ¡Cuánto lloré aquella tarde!

Salí de aquel sagrado sitio con el espíritu ligero, limpio, experimentando una sensación sedante, consoladora.

Cuando llegué a casa, mi hermana Dolores con su hijito Rafael en los brazos, estaba sentada en un ángulo del patio, cerca de un jazmín real, todo vestido de estrellitas de plata.

Cantábale una cancioncita en voz queda para dormirlo.

Capullito de rosa de mis montañas, luz de mi vida, flor de mi alma.  
Nanita nana, duérmete, niño mío, hasta mañana.

Y me vine a España. Nada, excepto dos cosas triviales que mencionaré de paso, me ha acontecido que merezca un capítulo, esto es, lo primero el regocijado viaje de estudio de Luis Gedeón Aguilar por Europa.

Lo segundo, un desencanto. Un pequeño desencanto de amor. Idéntico al de todos los días. No me hace sufrir porque el alma, forrada por espesa capa del vulgo del escepticismo, dice a todo ¡quíá!, y se encoge de hombros.

Me enamoré de una linda muchacha que trabajaba en un taller de tiras bordadas.

Soñamos un poco. Fuimos muchas veces de paseo, en tardes de verano, por la Moncloa y el campo del Moro.

Cenamos una noche de lluvia en una taberna de la calle del Álamo Chico. Teníamos frío. Decidió ella irse a mi cuartucho, a acompañar mis soledades.

Nos amábamos con y dorada ternura.

Vino una cabecita rubia a saludar alegremente nuestra dicha.

Pero de repente me dijo ella que quería irse a Asturias al lado de su madre.

Me enseñó una carta en donde aquélla le decía que el hijo que la acompañaba había tenido que marchar al servicio militar en África; que fuese ella a consolarla, un par de meses. Yo me resistía. Al cabo cedí.

Ella se marchó: la acompañé hasta la Estación. Se desprendió de mis brazos con los lindos ojos azules bañados en lágrimas.

Oprimí mi hijo contra el corazón.

Volví a casita cabizbajo. ¡El nido vacío!

Al día siguiente me levanté temprano. Hice lumbre. Puse a cocer el café. Cuando fui a tomar el cacharro para colarlo, sorprendí debajo una carta.

Creí que era la que me había enseñado; y en efecto, estaba pero con otras dos, también de la madre, donde le decía que me abandonase; que se le había muerto un tío, y la había dejado heredera de una panadería y cuatro mil duros en efectivo.

Yo noté que ella en los preparativos del viaje buscó una cosa que no encontró. Era el sobre con las cartas de la madre que no me había enseñado...

Fin

**Alma Ilanera**





*Casa en un camino real en las pampas de Apure.*

*Sale Cubito cautelosamente por el lado izquierdo del camino, (izquierda del actor). Casilda cantando por la puerta del fondo. Cubito la advierte y le hace señas de que se acerque.*

## CUBITO Y CASILDA

- CASILDA: *(Distraída).*  
Anoche a la medianoche, a media noche sería, los gallos que menudeaban y yo que me despedía.
- CUBITO: ¡Chist! Chist... ¡Casilda!
- CASILDA: ¡Ah!..., ¿eres tú?
- CUBITO: *(Sonriendo).* ¡No!... el diablo...
- CASILDA: ¡Un zángano!... Pocas calamidás jaces pasá a la probe Rita!
- CUBITO: ¿Háy tá ella?
- CASILDA: ¡Sí!
- CUBITO: ¿Y ñó Manué?
- CASILDA: Pué... pué... se jué esta mañana pal Yagual, y entoavía no ha regresao...
- CUBITO: ¿Y Rita no vá pal joropo?
- CASILDA: Pué... pué... ella iba a di... pué... pué... se la pasó aguardando tóa la tarde a las negras del Paso que ofrecieron venila a buscá y no aparecen esas confiscás.
- CUBITO: ¡Mardita sea!...
- CASILDA: *(Haciéndose la señal de la cruz).* ¡Ave María purísima! ¡cristiano!... ¡te vas a condena!...
- CUBITO: *(Con abatimiento).* Casilda... Tú no sabes... tú no sabes Casilda, ¡lo que yo me desespero!... si Rita supiera los martirios y las jojanas que yo aguanto por ella...

CASILDA: ¿Y te imaginas tú que ella no sufre también? su pée le ha ofreció rómpele las costillas, por ti... y ¡Migué... se lo dice too a la señá Enriqueta!

CUBITO: ¡Desgraciao!... ese hombre me va a reboseé...

CASILDA: ¡No le pongas cuidao a Migué!... es que él ta celoso porque Rita no lo quiere a él sino a ti! (ruido de pasos). ¡Viene la señá! (con azoramiento trata de irse; pero Cubito la retiene un momento).

CUBITO: Dile que yo ando por aquí mesmo.

CASILDA: ¡Pues güeno!... yo estoy expuesta a que lo sepa ño Manué y me aserraje un capachazo... ¡No vayas a decí ná!... (Cubito se oculta rápido. Casilda vase por la puerta del fondo, cantando distraídamente, y al desaparecer, Rita y Enriqueta salen por la puerta que se supone puerta de pulpería).

CASILDA: *(Alejándose lentamente),*  
Las estrellas en el cielo  
La luna en el carrizal,  
Boquita de caña dulce  
¡Quién te pudiera besar! ...

*(Mutis)*

## ENRIQUETA Y RITA

ENRIQUETA: *(Colocándose la mano a manera de pantalla sobre las cejas, y encimándose a ver a lo lejos del camino hacia la izquierda del actor).*

¡Esa gente tarda, hija!... ¡sale una desnúa por ese camino y nadie la vé!

RITA: Mamá, ¿no habrá pasao algo?

- ENRIQUETA: Lo más fácil... el que bebe aguardiente no anda bien despachao...
- RITA: Jesús credo, mama, las cosas!...
- ENRIQUETA: Es que no pué sé de otro modo, mijita, no pué sé... entre los fulanos perros y la política, van a acabá con nosotros...
- RITA: ¡Si Dios no mete su mano!
- ENRIQUETA: ¡Ah!... ¡me se ocurre una idea! ¡ya me se ha ocurrido dos veces!... ¿No te parece que le echemos vidrio molío, en el sancocho a esos condenaos bichos sarnosos, a ver si se mueren y salimos del infundio de tu pae por las fulanas cacerías?
- RITA: *(Toda atribulada y como temiendo ser oída)* Jesús credo, mama, si lo llega a sabé mi pae, nostá dando palo to este verano y parte del otro!
- ENRIQUETA: *(Contagiada del miedo de la hija y pasándose las manos por las costillas)*. No seas escandalosa, muchacha!... ¡Dios me sarve el lugar!... *(haciéndose la señal de la cruz)*. ¡Ave María Purísima! ¡Vaya un modo e mirá las cosas!... ¡Barajo contigo, muchacha!
- RITA: ¡Guá! ¡Yo lo que le digo es la realidá...! pero... *(tomando a ver hacia el camino)* *(izquierda del actor)*. ¡Vámonos pa entro!... Ellas vendrán cuando les dé su gana!... *(Caminan hacia la puerta del fondo: vuelve Rita y otea de nuevo)* ¡oiga!... ¡allá se mira una polvacera! *(Enriqueta entra por la puerta del fondo y al ser llamada por Rita, vuelve presurosa)*. ¡Mire mama! ¡¡maaamaü!!
- ENRIQUETA: *(Devolviéndose a atenderle precipitadamente)*. ¡Vaya un espaviento!... ¡Caramba!... ¡Si te has güerto una perica!... *(pausa)*. No mujé... no son ellos... ¡son los peones

de Don Pancho Elías que vienen pal Paso con las por-  
trancas que espartaron esta mañana!

*(Con desespero, pateando fuertemente)*. ¡No vienen!... ¡se  
va ajacé tarde!... *(con mimo)*. ¡Yo quiero dime!

ENRIQUETA: *(Chuleándola)*. ¡Yo quiero dime!... pero no puede  
dice... pá la canfínfora esa, por que llega su páe ¡y me  
quiebra las costillas si no la encuentra en su casa!

RITA: *(Llorosa)*. ¡Mardita sea!

ENRIQUETA: ¡Muchacha!

RITA: ¡Mardita sea!

ENRIQUETA: ¡Tú tás borracha!

RITA: ¡Mardita sea!

ENRIQUETA: ¡Cállate! *(Vánse por la puerta del fondo)* *(Mutis)*.

*(Sale Miguel por una de las puertas de la pulpería, arrastrando perezosamente un  
taburete. Se acerca a la concha, bosteza, extiende los brazos y luego se sienta. Saca  
la vejiga, extrae de ella un pedazo de tabaco en rama, le dá dos dentelladas y lo  
guarda)*.

MIGUEL: Y lo que soy yó... ¡les dejo el pelero!... Este no es  
mi reino... pasándomela todo el santo día dándole  
sombrerazos a las moscas en ese mostrador... y esa  
gusaná!... la condená tasajera que mientras más la  
limpio, más queres a coge! Y la tal Rita, enamorá...  
¡Mardita sea! Ya no jayo modo de dentrale... primero  
era una guabina... ahora se ha vuelto un temblador...  
cuando la toco... vá a cáy allá... ¡no le resurto!...  
*(Dándose una palmada)*: Pero... caramba, ¡cómo  
hiciera yo pa jacele comprendé a esa criatura que lo  
mejor que pué jacé es dejá a ese pollo pelón y quereme

a mí!... ¡Se vuelve loca por ese desgraciao!... ¡Ese fulano Cubito! ¡Mardita sea su arma!... ¡Ese hombre tá bailando en un tusero conmigo!... *(pausa)* el páe, empeñaio que debo vigilala, la máe, empeñá en que debo ponéme ciego... y ahí es ná... la señora como que le gusta corre con la silla... ahora la ha dáo en decí que yó y que soy muy agraciao y muy simpático... ¡yo no masco esa galleta!... ¡y mojosa, mucho menos!... Yo... aunque me sea feo el decilo... soy como el generá Loreto Lima: ¡no quiero fiestas ni con ancianos ni con muchachos! *(Se oyen voces: ¡Miguel, Miguel!)* ¡Guá ¿será que el cochino le cayó a diente al chiquero? ¡Ésas mujeres son más espavienteras!... ¡siempre tan como que han comío pichón de guaca!... *(Salida de Casilda)*.

CASILDA Y MIGUEL

CASILDA: ¡Pero cristiano!... ¿No escuchas que te están llamando?  
MIGUEL: ¿Pa qué?  
CASILDA: ¡Pa que vengas a saca el verraco, que se quedó atracao en la jorqueta!  
MIGUEL: ¿Y por qué no lo sacas tú?  
CASILDA: ¡Porque no me da la gana!  
MIGUEL: ¿Y tú que te has creído? ¿A ti no te han quebrao un cacho nunca?  
CASILDA: ¡Pégame! ¡Pégame! *(Encimándosele con provocación)* no vé que tú sabes cuantos bizcochos me comí yo cuando me crié!  
MIGUEL: ¡Te quiebro un cacho! *(Se carean)*.

CASILDA: ¡Sía lambepatos! (*Vase, Mutis*).

## MIGUEL

MIGUEL: ¡Miren, la peine perdió ésta!... ¡Yo voy a tené que arrastróle las costillas a esta mujé!... ¡y al fulano Cubito, el novio e Rita!... y es que esta cotúa anda aconvoyá con el muérgano ese... ¡pero van tené un parto morocho conmigo!... (*Pausa pequeña*).

Pero... ¡Güeno! ¡Güeno! ¡Todo está bien!... La cuestión es que en una de esas descubra ño Manué el patuco y los ponga a jacése la señal de la cruz con el rabo, a la máe, ¡a la hija y al espíritu santo!... Porque yó les voy a decí una cosa... ese viejo no sabrá rezá... pero sabe echá palo... ¡y calegío e un muerto vestío e payaso! ¡Ah! ¡Sí! Ese se va al bozal ligero y... ¡párese pá que coma cobija!... (*Fingiendo sentir ruido por el camino, lado derecho del actor*). ¡Guá! ¡Guá! Allí viene el niño Joseíto, con los peones... ¡Esa gente voló... No ha pasao un mes que se fueron con el ganao que iban a embarcá pa Cuba!... ¡y ya están de güerta! ¿Como le fue niño? ¿Cómo le fue?... ¡Choque al tranquero poray mesmo! ¡En la ramá del patio puen acomodá las bestias!... (*Toma a entrar por la puerta del fondo, encontrándose con Enriqueta y Rita que salen*).

## MIGUEL, ENRIQUETA Y RITA

MIGUEL: (*Con entusiasmo*). ¡El niño Joseíto!... el niño Joseíto, ¡señá Enriqueta!

- ENRIQUETA: ¡Qué ligero!
- RITA: *(De mal modo, desdeñosamente)* Vaya pué a ayúdalos a desensillé...  
Voy, niña, voy... ¡no me maltrate!
- ENRIQUETA: Anda pues.
- RITA: ¡Vaya un leguleyo!  
*(Mutis Miguel).*
- ENRIQUETA: ¡Pobre muchacho!
- RITA: *(Yendo a otear por el lado izquierdo del actor)* ¡y nó vienen!
- ENRIQUETA: *(Hablando recio como para que la oigan adentro).* ¡Pongan las monturas en el sillero de arriba!... ¡cuidao con los perros!
- RITA: ¡Y no vienen! *(con impaciencia)* ¡a las diez de la noche vendrán!
- ENRIQUETA: *(De mal modo).* ¡Jesús, muchacha! ¡Parece que nunca has dio a un joropo! ¡Se vuelven locas las muchachas de ahora por esos bochinches!
- RITA: ¡Lo mismo sería usted!
- ENRIQUETA: ¡Cálla la geta, grosera!
- RITA: ¡Le digo la verdá!

**LOS DICHOS, MIGUEL, JOSÉITO Y DOS PEONES SABANEROS**

*(que salen alegremente por la puerta del fondo)*

- ENRIQUETA: *(hacia ellos).* ¡Güeno!
- RITA: ¡Güeno!
- PEÓN II: ¡Cómo le ha dio... seña Enriqueta?
- PEÓN I: *(a Rita).* ¡Palo é muchacha!
- JOSÉITO: ¡Viva la moza más florida que tiene Arauca! *(Cambia un*

*apretón de manos con Rita. Los peones agasajan a Miguel y a Enriqueta).*

- RITA: *(a Joseíto).* ¿Cómo le fue, niño?
- JOSEÍTO: Pues deseando regresar para ver la luz de esos ojos.
- RITA: ¡A Usté pa cicatero!
- JOSEÍTO: ¡Estás cada día más linda!
- MIGUEL: *(Aparte).* ¡Y más cachalera!
- ENRIQUETA: ¡Ella lo estaba recordando ayer!
- MIGUEL: *(Aparte).* ¡Ahí va la vaca vieja!
- RITA: *(A Joseíto).* ¡A usted no se le pué creé ni el creo!
- JOSEÍTO: ¿Y por qué, hija mía, cuando yo te admiro tanto?
- ENRIQUETA: *(Volviéndose a los peones).* ¿Ustedes muchas conquistas por esas tierras?
- PEÓN I: ¡El fresco es jobo!
- PEÓN II: ¡Cacho por toas partes!
- ENRIQUETA: *(Al Peón I).* ¡Aquí nos dijeron que tú te ibas a casá en El Baúl, José! ¿No verdá Rita?
- RITA: ¡El mesmo!
- JOSEÍTO: ¡Qué vá!... ese es lo mismo que yó... ¡de su tierra!
- PEÓN II: Ese es de los que llegan al tranquero, le dan con el cacho a las trancas... ¡y se sientan pa trás!
- ENRIQUETA: ¡Caramba, con ustedes, cristianos!
- PEÓN I: Le voy a decí, señá Enriqueta... ni aquí... ni allá, ni en el cielo: el matrimonio, pal que tiene rial... pal pobre... resurta más pesáo que una vaca torrealbera... yo a toas las que pasan por mi lao les jago el claro... siga su rápido vuelo... si hubo... hubo, y a pescá a otro charco... Eso de que venga un confiscao cura y con cuatro lenguarás me eche la zoga al pezcueso por toa la vía, es cosa que no dentra conmigo... la mujé que más me gusta



es la india Juana, y esa no me lleva al altar mayor, ¡ni nariciao!... A toa la que se deja, le agarro por las mechas y me la llevo arrastras; ¡pero no pa la sacristía!

JOSEÍTO: ¡No tanto, hijo! ¡Já! ¡Já! ¡Já!

ENRIQUETA: ¡Caramba contigo! ¡Te has puesto más seco que un tasajo de chigüire en semana santa!

JOSEÍTO: *(A Rita)*. ¿Ya has aprendido la canción que te di en el viaje pasado?

RITA: *(bajando los ojos con candorosa humildad)*. Sí, señó...

ENRIQUETA: ¡Las cosas!

JOSEÍTO: ¡Bueno! ¡Eso vale un macizo de las más fragantes rosas sabaneras! Hay que oírla... ¡Miguel!

MIGUEL: *(volviéndose rápidamente)* ¡señó!

JOSEÍTO: ¡Trae la guitarra! *(sale Miguel y regresa a poco)*.

PEÓN I: ¡A cantá, Ritica!

PEÓN II: *(palmoteando)*. ¡Esa canción! *(todos se vuelven a Rita entusiasmados)*

PEÓN I: ¡¡Vamos a ve!!

JOSEÍTO: ¡Alegría sabanera!

RITA: ¡Jesús con ustedes! ahorita no canto ná  
*(Miguel sale con la guitarra, acerca el taburete y la entrega a Joseíto)*

MIGUEL: ¡Aquí ta!

JOSEÍTO: ¡Esa voz de flauta encantadora!

RITA: *(Canta)*.

Yo nací en esta ribera,  
Del Arauca vibrador,  
Soy hermana de la espuma,  
De las garzas, de las rosas  
Y del Sol, y del Sol!

Me arrulló la viva diana  
 De la brisa en el palmar,  
 Y por eso tengo el alma  
 Como el alma primorosa  
 ¡del cristal, del cristal!  
 Amo, lloro, canto, sueño Con claveles de pasión, Para  
 ornar las rubias crines Al potro de mi amador.  
 Yo nací en una ribera  
 Del Arauca vibrador, Soy hermana de la espuma De las  
 garzas, de las rosas ¡Y del Sol, y del Sol!

- JOSEÍTO: *(enfáticamente)*. ¡Así, caramba!
- PEÓN I: ¡Eso es lo que se empaqueta!
- RITA: ¡A usted pa lisongero!
- PEÓN II: ¡Güeno! ¡Güeno!
- JOSEÍTO: ¡Viva la alegría, la música y las rosas!
- ENRIQUETA: Esa es muy jija e su mae!
- MIGUEL: *(aparte)*. A ninguno le pesa el haber nació
- ENRIQUETA: Güeno, hijos,... güeno,... ¡vamos a ve que se come!...  
 ¡¡Casilda!!
- CASILDA: *(saliendo por la puerta del fondo)*. Mande, señá!
- JOSEÍTO: ¿Y qué se come por aquí?
- CASILDA: Poray se consigue pajarilla e ré, güen chigüire... y unos  
 plátanos jartones revolcaos en manteca!
- MIGUEL: *(aparte)*. En un espinero te revolcaría yo a ti...
- ENRIQUETA: ¡Tenemos de tóo, niño!
- MIGUEL: Y si no hubiera ná se ponían al fogón las tripas de la  
 cocinera.
- Casilda: ¡junto con las de tu máe!
- MIGUEL: ¡Esta guacharaca! *(vanse todos, menos Miguel)*.
- MIGUEL: *(Oteando al camino por el lado izquierdo del actor)*.

¡Hola, allá viene fió Manuel! ... ¡Y que solera tráe! ... ¡qué polvacera! ... Guá! Y como que va a dentrá por la puerta del corral. . . sí, *(corriendo hacia el interior)*... cá mochuelo a su olivo! *(con sorna)* yo no estorbo entre mis garrafones vacidos... en otra parte lo más fácil es que sarga con una guacharaca cogía por la cola! *(Mutis)*.

### ROSALÍA Y SANTA

*Ambas con pañuelo de madrás sobre los hombros, cota-blusa de zaraza y peinadas a dos crinejas lisas; Santa algo mejor aliñada que su madre, la cual no es muy vieja. Entran por el lado derecho del camino; Rita y Casilda por la puerta del fondo con una mesa.*

CASILDA: Aquí ta güeno, niña Rita.

RITA: *(Advirtiendo a Rosalía y a Santa)* Guá mujeres? ¿y ese milagro? *(se saludan abrazándose cariñosamente)*.

SANTA: Tú eres muy zángana, mujé, nos ofreciste di por allá y no has dio.

RITA: ¡Y tú tás muy güenamoza!

ROSALÍA: Precisamente, ella vino a miráte porque le han jecho tales lenguas de tu lindura.

SANTA: Hay tá máma, que no me dejará quedá en un feo: pregúntale lo que le dije ayer: “Sí la comáe Rita no viene esta tarde... ¡me le boto allá, y le digo cuatro de las mías, porque aquí ne le hamos echáo los perros!” *(Casilda se entrega a aderezar la mesa, y trajina para allá y para acá con cazuelas, carnazas, cuchillos, platos de peltre)*.

RITA: Tu eres muy campechana, mujé... ¡Casilda!

- CASILDA: ¡Señó!...
- RITA: ¡Avísale a máma!...
- CASILDA: ¡Voy! (*Mutis*).
- SANTA: (*Salen las tres en grupo hacia el centro del escenario*). ¿Y qué hay? ¿Cuándo es eso?
- RITA: ¿Eso?
- ROSALÍA: ¿Tes tas haciendo la turca? ¡Hum!...
- RITA: ¡Pues no sé!... ¡no sé!
- SANTA: ¡Me extraña!
- ROSALÍA: ¡Pero mujé!... Tóo el mundo dice que tú y que testás casando con Cubito.
- SANTA: ¡El mismo!
- RITA: Pero... güeno... y si fuera verdá... ¿qué solera e esa? ¡Me parece quel no es tan de lo peor!
- SANTA: (*Aparte a Rosalía*). ¡No te dije!
- Rosalía: Pues yo lo lamentaba, porque ese condenao Sute le embiste a toas las muchachas
- Santa: Y a ninguna le dá resultao.
- ROSALÍA: A la mejor, coge su camino y... adiós yaguazo!
- RITA: ¡Calumnias de la gente, mujé!...
- ROSALÍA: ¡Una moza tan garría y tan asiá como tú!
- RITA: (*Asiendo cariñosamente por los brazos a Rosalía*). Güe no, y ¿qué dicen dél?
- SANTA: Pué lo que tóo el mundo sabe, mujé!
- ROSALÍA: Que esa criatura anda de jato en jato, de estero en estero... sin más capitá que un caballo moro, una sogá y un cuatro adomao con cintas...
- RITA: (*Con desolación*). ¡A castigo señó!
- SANTA: Procura dejá esa loquera mujé.

RITA:                   ¿Y cómo la dejo? ¡Si pá dejála... tendría que dejá el alma en alguna parte... porque... no queriéndolo a él... yo no tendría dónde poner el alma!

ROSALÍA:               ¡Mire!, (*bullá de ño Manuel, Joseíto etc. etc. etc.*).

RITA:                   (*azorada*). Vienen...

**LOS MISMOS, ENRIQUETA, JOSEÍTO, MANUEL, MIGUEL**

(*Salen por la puerta del fondo*)

JOSEÍTO:               (*a Miguel*). ¡Di a los peones que antes de ponerse a comer arrimen las bestias al río y que cuidado como entre tú y ellos le van a trompear las ollas a Casilda!

MIGUEL:               ¡A usted pá mañoso, Don Joselito!... ¡justé tiene más puntas que un cabestro e cerda!... (*Mutis*).

ENRIQUETA:           (*a Santa y Rosalía*). Guá mujeres, ¿ustedes por aquí? (*Va hacia ellas seguida de Joseíto*).

MANUEL:               (*entrando*). ¡Poco a poco y con la lengua afuera!

JOSEÍTO:               (*a Santa y a Rosalía*). ¡Guá! ¿Y cómo van ustedes? ¿Ahora como que no estaban allá? Yo pasé diciéndoles adiós y los que me contestaron fueron los perros... que nos vinieron acosando las bestias hasta muy acá... Llegando al paso, tuve ganas de pelá por el revólver y hacerle pasar un susto a Coral. ¡Pues no se me le guindó del jarrete al ruano, ese condenado!

SANTA:                 Si me mata mi perro...

MANUEL:               (*interviniendo*). ¡Te pones a llorá... pero perdonas a Don José... tú lo quieres a él más que al perro!

ENRIQUETA:           ¡Barajo contigo, Manuel!

RITA:                   ¡Caramba!

ROSALÍA:               ¡Güeno, güeno!

- MANUEL:                    ¡Dejen corré la bola!
- SANTA:                     ¡Guá! ¿Y por qué la van a dejá corré?
- JOSEÍTO:                  *(a Santa con fervor)* ¿Tú también?
- SANTA:                     ¡Naturá!
- JOSEÍTO:                  ¡Ingrata!
- MANUEL:                  ¡Allá voy si no me han visto!
- JOSEÍTO:                  *(disimulando)* ¡Arranque! Yo soy un botalón.
- MANUEL:                  *(a Joseíto)*. ¡Un momento!... ¡Mire que lo que uso son cotizas... no me pongo medias porque no me estorba el ruido de la mañana! *(Joseíto y las mujeres se echan a re ir)*
- JOSEÍTO:                  ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Me ganó de manos, ño Manuel!
- SANTA:                     ¡Él se sabe su mano derecha!...
- JOSEÍTO:                  Y hasta donde vive el diablo...
- MANUEL:                  *(Aludiendo a Enriqueta)*. Cuando ésta estaba enamorá de mí...
- ENRIQUETA:                ¡Tarás tú borracho!...

### LOS DICHOS

*(Entra Casilda con una cesta con casabe y una carnaza grande llena de carne seca, deslibrada, frita, que coloca en medio de la mesa: la vuelca y esparce el contenido en los distintos puestos. Detrás de Casilda entra Miguel con una cafetera grande y la coloca cerca de la carnaza de carne, de la cual se servirán todos al sentarse a la mesa).*

- CASILDA:                  ¡Yas, tá!
- MANUEL:                  ¡Vamos, vamos... que la gazuza me tiene cruzando las patas!... y eso que lo que me jarte esta mañana jué un piazó e testíre embarro e vinagre con tomate.
- RITA:                      *(A Santa)* ¿Y ustedes?
- ENRIQUETA:                *(A Rosalía)*. ¡Ven, mujé! ¿Le tienen vergüenza a don

Joseíto?

MIGUEL: *(Aparte)*. ¡Hay va la vaca!

JOSEÍTO: ¡Adentro... a la cabeza!

MANUEL: Esa es cosa mía.

*(Casilda aprovecha un descuido y acercándose a Rita le habla aparte, siendo advertida por Miguel).*

CASILDA: *(A Rita aparte)*. ¡Poráy anda Cubito!

RITA: ¡Güeno! ¡Cállate! Dile que no se vaya.

MIGUEL: ¡Bastante que vas a ganá, con eso!...

MANUEL: ¡Qué hubo! ¡Qué hubo! ¿se come o no se come? ¡Casilda, los faroles!

*(Va se Casilda y, vuelve en seguida con dos faroles encendidos, coloca uno sobre la mesa y el otro lo cuelga en a pared, todos, menos Casilda y Miguel, se sientan... De un lado de la mesa Enriqueta y Rosalía, y Manuel en el medio; del otro, Joseíto en medio de Santa y Rita).*

MIGUEL: *(Aparte a Casilda)*. Tú no vas a morí en tu cama.

CASILDA: *(Aparte exasperada)*. ¡No es cuenta tuya!

MIGUEL: ¡Mandaera!

CASILDA: ¡Frucció!

MIGUEL: ¡Cotúa!

CASILDA: ¡Desgraciao!

MIGUEL: ¡Garrapata!

CASILDA: ¡Caboloco!

MANUEL: *(Advirtiendo y poniéndose de pies)*. ¿Qué tiroteo es ese? ¿Ustedes como que se quieren mucho que se la pasan como el perro y la gata? ¡Los voy a amarrá barriga con barriga, pa que se les quite la jojana!

- JOSEÍTO: *(Riendo)*. ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Hay que llevárselos al señor Cura!  
Ese es el gran juez para arreglar esos negocios!
- CASILDA: ¡Hoy sábado! ¡con ese bicho!
- MIGUEL: *(Con retintín)*. ¡Eso mismo digo yo!
- CASILDA: ¡A ninguno le pesa el haber nació!
- MIGUEL: *(Amenazándola)*. ¡Mira que te voy a arrancá una paleta!
- MANUEL: *(Levantándose imperativo a Miguel)*. ¡Quitá pallá, mamarracho!  
*(A Casilda)*. ¡Y tú, cachalera!... ¡desgreñá! vamos a vé si ponen los güesos de punta ¡...A vení con perreras a mi casa!
- CASILDA: *(Gimoteando)*. ¡Pué que no se meta conmigo!
- MIGUEL: Esa diabla me iba ejarretando esta mañana
- SANTA: ¡Ellos se quieren ño Manué!
- JOSEÍTO: ¡Yo creo!
- ENRIQUETA: *(A Manuel)* pero déjalos, cristiano... ellos se comprenden.
- MANUEL: Eso es lo que yo voy a vé...
- RITA: ¡Y es ná!
- MIGUEL: Que busque su cuerda e mono y su batallón de araguatos... Porque en una de esas le pó sacá la mano aunque sea mujé!
- MANUEL: *(A Casilda)*. Se fue, se fue, pué, ¡pa su cocina! *(Vase Casilda refunfuñando)*. *(Manuel torna a sentarse)*.
- ROSALÍA: ¡Tenle pacencia, Migué!
- JOSEÍTO: *(A Miguel)*. Arrímate a las bestias y si el caballo ruano se comió el maíz, quítale el morral!... cuidado con la escalera!
- MIGUEL: *(Deteniéndose en la puerta al alejarse)*. A usté pa mañoso, don Joselito... ¡ya yo sé por qué me suerte Ud. esa indirerta!



- JOSEÍTO: A ver, ¿por qué?
- MIGUEL: Por el atajaperro aquel que tuvo el negro Mina con Juan Ernesto... la noche que subieron la escalera e la troja en cuatro patas. *(Todos se echan a reír)*.
- JOSEÍTO: ¿Conque fuiste tú, el de la gracia?
- MANUEL: ¡Ponga cuídao!
- MIGUEL: ¡Si señó... Don Joselito... pero de ahora palante yo y usté pa los que vengan!
- JOSEÍTO: Qué les parece. ¡Y yo todavía echándole las culpas al negro Mina!
- MIGUEL: Yo algunas veces me encuentro poray con el zambo Ernesto... y él se queda mirándome con aquellos ojotes pelaos, como dicéndome: “Este confiscao fue el que me corrió alante...”
- SANTA: ¡A diablo malo!
- ENRIQUETA: ¡Tan pícaro!
- ROSALÍA: ¡Haciendo de las suyas!
- RITA: *(Aparte)*. Porque entuavía no le han metió un leñazo, entre cacho y quijá...
- JOSEÍTO: ¿Y desde cuando no ves a la catira Rosa?
- MIGUEL: ¡Pues yo la veo casi siempre... ella vive ahora en el paso del Yagual... por cierto que esa mujé me tiene too escamoso!... porque cada día va más gorda... *(Mencionando el embarazo)* yo creo que como que le pegó el plomo! *(Todos se echan a reír: ja ja ja)*
- SANTA: ¡No seas malo Migué!
- MANUEL: ¡Ponga cuidao!
- MIGUEL: Mis palabras no sean pesás pa su alma. *(Mutis)*.
- RITA: *(Aparte)*. Tan amigo e metese en lo que no le deja cuenta...

*(Joseíto pellizca a Santa; ésta se sacude; Manuel lo nota y poniéndose de pies lo alude).*

MANUEL: Miré, Don Joseíto... ¡pase pacá!

JOSEÍTO: Baste su empeño... *(Joseíto se coloca entre las dos viejas y ñó Manuel entre las muchachas).*

MANUEL: *(Después de sentarse, con fanfarronería).* ¡A padrote viejo no le relinchan potrancos!

RITA: ¡Barajo contigo, pápa!

MANUEL: Cállate tu... cuando tú naciste ya yo le había aserrajao la puerta a Don Ramón Torrealba, le había puesto el jierro a cien orejanos ajenos, y le había salió vestío e cura a la madre e tu máe... *(Rosalia, Joseíto y Santa se echan a reír).*

ENRIQUETA: ¡Tas muy lucio!

MANUEL: *(Confanfarria).* ¡Y lo demás en corotos!

JOSEÍTO: ¡Comamos pues... ¡que no sea nada eso!

## LOS DICHOS, MIGUEL

MIGUEL: *(Saliendo).* Esos muchachos le han embestío a la asaúra sancoché... ¡como a queso e velorio!...

MANUEL: Tráete la cañita vieja, Miguel.

ENRIQUETA: ¡No!

RITA: ¡No vayas a bebé ahora, papa!

MANUEL: *(A Miguel imperativamente).* ¿Soy o no soy yo el que manda?

MIGUEL: *(Corriendo a buscar el garrafón).* ¡En llegando el ganao a Caracas, manque sea puentrelmonte!

MANUEL: ¡Me dicen!... ¿Uds. no beben?... pues yo sí... les respondo que Uds. no cuidan más la cabeza que yó

(*Golpeándose la frente*). Esta cabeza, ésta, la cuido yo mucho. Me ha ayudao mucho en esta vida... la verdá es que también me ha jecho cometé no pocas barrabasás... pero güeno, ¡váyanse las espuelas por los cachos!...

MIGUEL: (*Volviendo con la garrafa*). ¡Aquí está!

MANUEL: Venga... (*Echa en una totuma y bebe*) me hace daño lo que no he bebió... más esa cañita...

MIGUEL: ¿Esa no fue la que Ud. le compró al musió Relancino?

JOSEÍTO: Belarmino querrás decir, Miguel.

MIGUEL: Güeno... Berardino o Relancino... toos esos diablos... son iguales... no hay tranquero que no se lleven con la trompa... Yo lo que es verbo e musió y de cura... ¡bachaco!... ¡Los musióus con una lenguará lo enrollan a usted... y cuando usted acuerda... le está dando el agua al pescuezo! El mejor musió, tiene las agallas más esparramás que un caimán de diez varas é largo... el mejor cura, ha besuqueao todas las muchachas del pueblo, carga un liniero bajo el balandrán y con tres cricleison... ha empatucao media humanidá!...

MANUEL: (*A Joseíto*). ¡Ponga cuidado, que ese es el evangelio!

ENRIQUETA: ¡Ave María Purísima!

ROSALÍA: ¡Te vas a condená!

SANTA: ¡Te va a llevá el diablo, Migué!

MIGUEL: ¡No lo conozco yo! Cuando le echan los cinco mandamientos a una peseta... no se vuelve a ve ni en el almanaque!... Despué, (*haciendo cruces con la diestra*) sécula seculodum... pirípitipes morís turibulis mea... se queda Ud.... miáo... y con la boca más abierta que un canasto de a cuatro reales!... (*Mutis*).

JOSEÍTO: ¡Ja! ¡Já! ¡Este Miguel vale una porción de plata! *(Se levantan todos de la mesa, sale Casilda a recoger los platos, Joseíto trata de decir a Santa algo. Esta lo esquiva de mal modo).*

SANTA: ¡Téese quieto, Don José!

MIGUEL: *(Aparte).* ¡Allá voy si no me han visto!...

ENRIQUETA: *(A Rosalía).* Supongo que se quedarán aquí esta noche porque yo no creo que vayan a atravesá esa sabana ahora con esa noche tan oscura.

ROSALÍA: ¿Qué dices tú, Santa?

SANTA: *(Encogiéndose de hombros)* ¡Pue lo que usted diga, máma!

MANUEL: ¡Aquiéstán bajo techo!

JOSEÍTO: ¡Yá lo creo!

CASILDA: *(Entra cantando)*

Anoche a la media noche, a media noche sería...

Larará, larará! larará!

*(Entre Casilda y Enriqueta, cogen la mesa y se la llevan por la puerta del fondo. Manuel, y Joseíto, hablando entresí; Rosalía, Santa y Rita, vánse detrás de Enriqueta).*

*(Mutis)*

*(Sale Miguel por la puerta del fondo: guiña al público).*

MIGUEL: ¡Y don Joseíto, no se le despegó del costao a Santa! Yo tengo mucha vista!... ¡Esas deben ser cosas del güenmozo de Cubito que le ha hecho comprendé al blanco que la muchacha tá enamorá del pá él sacáse la sogá con la pata!... Esa venía de Santa, esta tarde, ¡me ha puesto más alborotáo que una zaranda en un tierrero!... porque yo les voy a decí una cosa!... a la voz de gatos enmochiláo, yo salgo pronto con la aguja de

cosé apero y la hilaza!... es que sé cómo se saca la mano a tiempo!... sobretodo si tengo esta miniatura en la mano!... (saca una lanza y después de enseñarla, la vuelve a guardar). Una vez tuvo aquí un dotor medidor de tierras, y después de dividile la posesión a los hijos del difunto Luis, quiso ponése a medímele las conqueterías a una «tercia» que yo enamoraba... un día lo cojo yó en el camino el Yagual, y le meto esa retreta e plan!... iba ese zambo viejo poráy pabajo volándole la levita y esa polvacera!!...

*(Entran los peones y Casilda).*

#### LOS DOS PEONES, MIGUEL, CASILDA

*(entrando con otro farol que coloca en la pared)*

- PEÓN I: *(Advirtiéndola)*. Pa qué tanta luz, mijita... con tus ojos teníamos pa alumbré la catedrá e Caracas.
- PEÓN II: Ella no hace caso a loco. ¿No verdá mijita?
- CASILDA: ¡Yo no sé!
- MIGUEL: Bien hecho... ¡así la tengo yo enseñá!
- PEÓN I: Así que yo me muera...
- MIGUEL: *(Fanfarroneando)*. ¡Vas a cruzá las patas!
- PEÓN I: *(Con baladroneo ría)*. ¡Y si no lo quieres creé!
- MIGUEL: *(Risueño y guapetón)*. No es el primer zambo que yo me he lambío!
- PEÓN I: *(Dando un salto con gachonería y como queriendo sacar un arma)*. ¿A quién? ¿A quién?... acomódate en los tiros porque se te pué reventé la gurupera!
- MIGUEL: ¡No te me frunzas porque vas a paré el patero!
- PEÓN I: ¿Quieres guardóme esta Santa Catalina en el estógamo?

- PEÓN II: *(Interviniendo con regocijo)*. ¡Qué no jaya ná, muchachos!
- MIGUEL: Güeno, por tratarse de Usté, cuñao, no afeito yo este hombre aurita!
- CASILDA: ¡Jé! ¡Jé! ¡Jé! qué tercios! que tercios! *(vase)*
- PEÓN I: *(a Miguel)*. Güeno, cuñao, vamos a los chinchorros
- PEÓN II: Yo también tengo ganas de echáme!
- MIGUEL: *(Después de echar una mirada maliciosa al camino por el lado izquierdo del actor)*. Sí, vamos pailá. *(Aparte)* poray debe andá el tráido ese, Cubito... ¡va sabe por dónde vá a entrá, pero lo van a sacá arrebiatáo!

#### CUBITO Y SANTA

*Sale Cubito por la derecha sigilosamente. Santa lo sorprende.*

- CUBITO: ¡Mardita sea! *(Oye pasos y se retira un poco)*.
- SANTA: *(Saliendo con cautela por la puerta del fondo)*. ¿Ande andará?
- CUBITO: *(Sorprendido)*. Guá, ¿tú?
- SANTA: Sí... ¡yó! ¿qué tiene? ¿tú esperabas a Rita, noverdá?... y te has incontráo conmigo... mujé por mujé...
- CUBITO: *(Confuso)*. ¿Yo, yo?
- SANTA: No yó... yó!...
- CUBITO: *(Mirándola con idiotez)*. ¿Y cuándo viniste tú?
- SANTA: Yo estoy aquí desde la tarde... Sabía que tú venías pacá... y... te vine a jacé compañía... *(Con desolación)* aunque tú... pues tú... no me quieres... *(Con suplicante pasión)* tú le jas jecho comprendé a Don Joseíto que yo toy enamorá dél... pá tú retírate y no cumplí tu palabra... porque ahora la diosa es Rita... porqué yo... pues yó... soy una coraza usá... ya mis besos no saben

a terrones de azúca, olorosos a albahaca. (*Agarrándolo con fuerza por los brazos y zumbándolo con violencia*). Pero... mira... oye... yó no seré la primera... pero por ésta (*jurando*) que seré la última potranca, como tú dices, amansá por tu silla... ¿escucháste? Las cosas con que yó adornaba las crines de tu caballo moro... eran encamás... pero ruega a Dios que tu caballo moro... no vaya a pará a manos de otro... y, que otras manos le adornen las crines... con hojas de zarza...

CUBITO: (*Entre asombrado y trágico*). ¡Güeno! güeno... ¡amenázame!

SANTA: (*Con coraje*). ¡Desgraciáo!

CUBITO: (*Amenazador*). ¡No me digas esa palabra!

SANTA: (*Un tanto temerosa*). ¡Güeno! ¡Güeno! Lo que te digo es que quizá no sea yo la última... pero... Yo veré. ¡Yo veré!

CUBITO: (*Más exasperado*). Lo más mejó, lo más güeno, es que cierres el jocico... y te largues... ya que me descubristes y vas a dí con la novedá pá entro, pa que sarga el bocatero ese, de Migué... (*Ensoberbecido*) pero ten entendió que a tí y a él y a tóo el que se me ponga de estorbo le voy a dá una mencá que no le van a quedá ganas de volvé a estorbá por toel resto é su vida!

SANTA: (*Desaliadora*). ¡Canalla!

CUBITO: (*Irguiéndose más*). ¡Mire, Santa!

SANTA: ¡Indino!

CUBITO: Güeno, Santa...

SANTA: (*jurando*). ¡Por ésta! ¡por ésta! ¡por ésta! ¡que no vasa conseguí ná!

CUBITO: (*Avasallándola*). ¡Te voy a arrancá las agallas, Santa!

SANTA: ¡Maula!

CUBITO: ¡Te voy a arrancá las agallas, Santa!

SANTA: *(Desesperada).* ¡Arráncamelas! ¡Sí! arráncamelas... mejor es que me mates... márame... hazme la caridá de matame! *(Rompe a llorar, quedando Cubito muy agitado y pálido, se oyen pasos y entonces corre a ocultarse rápidamente. Santa va hacia la puerta, mira con inquietud y se vuelve al medio del escenario, y poseída de angustia, da comienzo a la elegía).*

**SANTA**

*(canta)*

SANTA: ¡Tengo una pena tan honda Que me ha roto el corazón!  
 ¡Y ya son furentes lágrimas Las ilusiones de amor!  
 Mi juventud ya se muere Sin un beso ni un cantar:  
 Es un dolor traicionero me asesina el pesar'  
 La crudeza del olvido Arrasó con mi frescor, Agoniza  
 mi ventura el recuerdo es un dolor!  
 No es más negro mi cabello, No es más bravo el  
 pedregal, Se me ha roto el corazón me asesina el pesar!

*(Se aleja sollozando).*

*(Por el camino, lado izquierdo, Miguel y los dos peones, que fingen haber salido de la casa por la puerta tranquera. Los tres fuman tabaco, su hablar es tranquilo, pues se supone que antes de acostarse salieron a dar una vueltecita en torno de la casa para hacer la digestión de la cena).*

**MIGUEL, LOS DOS PEONES, CUBITO**

*(oculto)*



PEÓN I: Pues mire, cuñado: cuando yo me acuerdo de mi zaino... me dan gana e llorá! aquel caballo era de los pocos que hay güenos! Me daba gusto metéselo de atrás pa lante a un madrevegero de esos del jato e Pavón... entoavía no taba yo dando la primera tremolá a la sogá... cuando taba encaramao encima el bicho... es que era zumbao por las patas!... y bendito sea Dió! ese día (*saca el pañuelo y se enjuga una lágrima*) fué día fatal... er viejo Carderón, salió escuadrilao, por un cornigacho... el zambo justo, se esnucó... yó, en el momento en que le quitaba el choque a la costa del palmar a un condenaio toro negro...

MIGUEL: ¡Negro debía e sé!

PEÓN I: Yo que le quito el choque, y el bicho que se sienta patrás!... y me le aplica er pitón al ojo e la cincha al zaino... (*pausa*) y entre el zaino, el toro, yó, y una macolla e ñaragato, dejando aquel punto como si ahí se hubiera incontrao el diablo con el tigre e los pilones...

MIGUEL: ¡Mire!

PEÓN II: ¡Las cosas!

MIGUEL: Y hablando e too,... saben ustedes que Cubito, el hijo e la señora Sebastiana se ha convenio en el corta baba de toas las muchachas de la sabana?...

PEÓN II: ¡Guá! ¡Guá!

MIGUEL: Se llevó a la hija e ño Fidel; engañó a Florita la de la quesera e Corozo Pando; le corrió caracoliao a la viuda e Simé, le espabiló la novia al Sute, dicen que también a Santa, la hija e la seflá Rosalía... y ahora quié jacé su carga con Rita... ¡Mardita sea!...

PEÓN I: *(Con gran estupor y asombro)*. ¡¡Pero ese muchacho es un pez espá, cuñao!!

MIGUEL: Las cosas!... pero con Ritica le pué... salí el muerto en el estero... porque aquí, cuando no está ñó Manué... estoy yó que soy una persona decente y... qué sé pará las patas... Yo sé que yo no tengo que jacécon eso porque ella no es ná mío... *(con soberbia)* pero es que yo no puéo consentí que ese hombre pase puencima e mí, llevándose una mujé que está en una casa ande yo toy... No porque ella no me quiere amí... ¡mardita sea!... ¡y diciendo que y que me va a poné de sirviente dél y de ella!...

PEÓN I: ¿Conque así tan las cosas? ¡Ave María! ¿no será güeno dinos?

MIGUEL: ¡Pué nostá malo!

PEÓN II: ¡Vamonós! *(Mutis)*.  
*(Sale Cubito de su escondite)*

CUBITO  
*(solo)*

CUBITO: ¡Mardita sea! ese Migué... ya verás si te voy a arrastré la asaúra!... *(sigue caminando hacia el centro del proscenio)*. Míren que uno encuentra lavativas... onde quiera que uno vá le sale la bandá e malucos... a tajale el paso, a revolvele el cocío, y... este Migué... sí, lo que no sirve pa ná, es lo ande quiera anda estorbando... no se me pue poné de frente *(con energía)* porqué yo sé cómo se le quita la rabia a un potro serrero, sé salíle a los cachos a un toro, sé ordeñé cien vacas en una hora, sé cómo se enlaza un puerco salvaje, se enamoré una mujé y me paro ande

se paran los más recios... ¡por eso! ¡por eso! me andan haciendo la guerra esta partía e mamarrachos... ¡por eso! ¡por eso! porque no se me puen paré de frente! pero... me la llevo... me la llevo y... (*siente pasos y se oculta de nuevo, sale Rita por la puerta del fondo*).

## RITA Y CUBITO

RITA: Ya debe andá poraquí. (*Se dirige hacia el sitio donde está Cubito. Este sale y le echa el brazo*).

CUBITO: Yo taba temiendo que no salieras... ahora me acerqué puel lao del río y por poco me medio matan los perros... Tuve que corré y volále la pierna al caballo sin cogé el estribo... (*apasionándose*). Tú no sabes mijita lo que yó sufro por ti... pero ná importa... con tal que tú me quieras... aunque tóel mundo me tenga aburrió... (*la besa*) ¡sí!... mire yo la luz de sus ojos un sartico... y que el resto el tiempo ande agarrando las tinieblas con la mano... Téngala yó un momento dentro mis brazos y que toa la via me la pase defendiéndome de los que me acosan, como perros con marderrabía... (*Con entusiasmo*). ¡Sí! asina... y deme Dios mucha claridá en los ojos pa mirala, mucho caló en la boca pa dale muchos besos de amor, mucha flor en la imaginación pa decile coplas cantás con el alma... que pa batime con los hombres yo tengo unos brazos, mucho ánimo y un potro moro que pasa a

RITA: (*Vibrando de ternura*). ¿Será verdá? será verdá que me quieres tú, mi amorcito querío, más campechano que un yaguazo, ¡más blanco que un copo de espuma de

esos que se quedan rezagaos en las caderas del río!

CUBITO: ¡Y tan garría, mi luz e mis ojos!

RITA: Tú me quieres, mucho, ¿no verdá?

CUBITO: Pero... ¡mira! ¿hasta cuándo me tienes en este martirio?... tu pae... no me quiere... Don Joselito dice que si yo te sigo en amores va a buscá el modo de que me lleven pa San Fernando a serví al cuartel... Migué... Migué... me va a rebosá y yo... yo... ¡Migué no vá a morí en su cama!

RITA: (*Asustada*). ¡No, mijito, nó! tú no te expondrás con nadie! ¡Tú... a ti te guarda la Virgen María a quien yo le rezo todas las noches por ti, mi amorcito!

CUBITO: ¡Si pa mí la Virgen María eres tú!... Cuando yo me alcanto, de madrugada, yo veo allá en el fondo del cielo una estrella chiquitica, que parece una chispita de oro y yo creo que esa estrella es la boca de un ángel que se ríe enseñándome sus dientillos de luz y que me dice que la Virgen María... ¡eres tú!... y ese día yo me lanzo a la sabana con más brío y más ánimo... cá vez que saco el brazo es una ré que cae patas arriba, cá barquiná que doy con mi caballo asombra a los otros llaneros... y porque te llevo a ti en el ánimo... me parece que la sogá es más dura, que mi caballo tiene más fuerza y que yo soy el Rey de la sabana... (*Pausa*). ¿Qué necesidá tenemos de está sufriendo?... tú me quieres... yo te quiero... bajo un corozo florío podríamos viví los dos... allá, en un rincón del palmar, ande nadie nos mire, ni nos envidie, ni se aburra por nosotros... ¿Por qué no nos vamos? ¡Ahí, a dos ballestas de aquí tengo mi caballo... con los dos corre él con tanto brío como si me llevase a mí

solo! ¡Cuántas veces ha salto puencima de un mechón de henea llevándome a mí, y con un toro a la cola!

RITA: Yó? Yó? *(Vacila. Cubito la atrae hacia sí como para arrastrarla a que lo siga. Ella lo vé entre amorosa y suplicante como diciéndole “¡LLEVAME!” ¡Pero no me abandones!»! Cubito siente pasos, torna a mirar hacia la puerta y da un salto. Aparece Miguel).*

### LOS DICHOS, MIGUEL

MIGUEL: *(Sarcásticamente).* ¡Güen matrimonio!

RITA: *(Con coraje).* ¡Desgraciao!

CUBITO: ¡Cobarde! *(Miguel se lanza al lado contrario del camino y desafía a Cubito a que suelte a Rita, y se venga a batir con él).*

MIGUEL: ¡Hay no! ¡Salte pacá! *(Cubito intenta arrojarle sobre Miguel, pero Rita lo coge por los brazos y lo detiene vigorosamente).*

RITA: *(A Miguel).* ¡Váyase, mal hombre!

MIGUEL: ¡Suéltalo! ¡Suéltalo! que él dijo que iba a pasá puencima e mí.

RITA: Hijo de mala madre... ¡váyase!

CUBITO: ¡Suéltame! ¡Caramba!

RITA: ¡Nó!, ¡quenó! ¡Máma! ¡Casilda! ¡Máma! ¡Pápa!  
*(Cubito se zafa y sacando un cuchillo, se lanza sobre Miguel: éste saca también su cuchillo y se empeñan en una lucha en que sale Miguel con una puñalada mortal. En el momento en que Miguel cae, se siente ruido de pasos en el interior de la casa. Cubito en actitud trágica, queda con el arma en la mano. Rita al sentir los pasos, con el cabello en*

*desorden, como loca, lo empuja a que se vaya, él no quiere: ella haciendo esfuerzos inauditos lo forza a irse hasta que lo logra, casi en el momento en que salen todos los personajes que han tomado parte en esta farsa, por las puertas de la pulpería y las puertas del fondo. Rita se abalanza al cadáver de Miguel y le quita el puñal y lo retiene en la diestra).*

**MANUEL, JOSEÍTO, PEONES, CASILDA, ENRIQUETA, ROSALÍA Y SANTA**

- Manuel: *(Saliendo de estampía).* ¿Qué... qué pasa?
- Rosalía: ¡Qué es, Dios mío! *(Rita se hace a un extremo del escenario hosca, trágica).*
- Joseíto: *(Yendo hacia Rita).* ¿Y eso? ¿Qué pasa aquí, Rita!
- Santa y Enriqueta: *(Acercándose al cadáver).* ¡Si es Miguel!
- Enriqueta: Dios mío, ¿qué pasa?
- Joseíto: *(A Rita).* ¿Quién ha matado a Miguel? *(Los peones se agrupan en torno del cadáver).*
- Rita: ¿A Miguel?... *(jadeando).*
- Manuel: *(Tomándola por el brazo y sacudiéndola con fuerza hacia el medio del escenario).* ¡Habla! ¡Bolera! ¿Quién ha matao a este hombre?
- Rita: *(Trágica, soberbia, imponente, con el cabello en desorden).* ¡Yo!... ¡Yo!... ¡Yo!... ¡Lo maté! ¡Yo!
- Enriqueta: ¡¡Tú!!... ¡tú!...
- Casilda: ¡Pobrecito Miguel!... ha pagao sus celos con la vida!

*Telón rápido*





**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPrensa e impresión**

Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**

978-980-440-039-1

**DEPÓSITO LEGAL**

DC2021001876

**CARACAS, VENEZUELA, DICIEMBRE DE 2021**





La presente edición de  
**MEMORIAS DE UN SEMIBÁRBARO / ALMA LLANERA**  
se realizó  
durante el mes  
de diciembre de 2021,  
año bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

La edición  
consta de  
10.000 ejemplares

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



**Memorias de un semibárbaro / Alma llanera** ¿Héroe o pícaro?, su presencia en la actualidad despierta una admiración tan extensa como su propia obra. Nombres ocultos o protegidos por más de seiscientos seudónimos con los cuáles escribió falsas crónicas de Indias, textos de conquistadores, antologías de poetas latinoamericanos. En este volumen se recoge los dos títulos que publicó en vida: el *Alma Llanera* (1915) la cual le dio un reconocimiento nacional, al punto que Juan Vicente Gómez lo premiará con una beca para España (ya en este país renegaría tanto de la letra de la zarzuela como del propio Benemérito). *Memorias de un semibárbaro* (¿1919?) es un texto íntimo y cercano a una autobiografía. El autor se despoja de las máscaras de los apodos literarios para asumir su verdadera naturaleza, la de un hombre vinculado a su tierra a través de la imagen familiar, la experiencia militar que revive como una hazaña, su llegada a Caracas, entre otras anécdotas. En Bolívar Coronado puede verse como la literatura es también el recorrido de una impostura, no la del plagio imitativo sino la de acto estrictamente original y creativo.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



ISBN: 978-980-440-039-1

